

**MODERNIDAD
Y SERVICIOS URBANOS**
Coordinadoras: Esther Sánchez y Carmen Bernárdez



Rubén Pallol Trigueros

ORCID: [0000-0002-7654-937X](https://orcid.org/0000-0002-7654-937X)

Hacer ciudad en un medio hostil: mexicanos en Los Ángeles durante la gran expansión urbana y la depresión, 1915-1945

Páginas 151-206

En:

Modernidad y servicios urbanos / Esther Sánchez y Carmen Bernárdez, coordinadoras. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2021.

<http://hdl.handle.net/11191/9666>

ISBN: 978-607-28-2326-6

Universidad
Autónoma
Metropolitana 
Casa abierta al tiempo **Azacapatzalco**

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapatzalco



Ciencias y Artes para el Diseño

División de
Ciencias y Artes para el Diseño



Departamento de
Evaluación del Diseño en el Tiempo



Área de
Investigación de Estudios Urbanos



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como
Atribución-NoComercial-SinDerivadas

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Hacer ciudad en un medio hostil: mexicanos en Los Ángeles durante la gran expansión urbana y la depresión, 1915-1945¹

Rubén Pallol Trigueros
Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid
rpallolt@ucm.es

Introducción

Por muy manida que esté la referencia a Bertolt Brecht y a su poema sobre la construcción de Tebas (*¿Quién construyó Tebas, la de las siete Puertas? En los libros aparecen los nombres de los reyes ¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?*), lo cierto es que los versos del alemán nos siguen desafiando a los que nos dedicamos a la historia urbana. Nos advierten contra la tentación reduccionista de hacer de la ciudad una emanación de los arquitectos o de los gobernantes, de llevarnos a pensar que, para bien o para mal,

¹ Esta investigación se enmarca dentro de las actividades del proyecto de investigación del gobierno español “La sociedad urbana en España, 1860-1983. De los Ensanches a las áreas metropolitanas, cambio social y modernización”. Proyecto Coordinado (IP Luis Enrique Otero Carvajal) PGC2018-096461-B-C41 y ha sido posible gracias a la concesión de una Ayuda a la movilidad José Castillejo que se realizó en University of Southern California en 2019. Agradezco toda la ayuda prestada por Philip Ethington, Beau MacDonald y Lon Kurashige sin la que este trabajo no habría sido posible.

sólo las autoridades o los técnicos son los responsables de su construcción (Lefebvre, 1986). Porque con ello se olvida y se desprecia no sólo a los albañiles que pusieron los ladrillos para materializar los sueños que los urbanistas expresaban en un plan de ordenación o de reforma de una ciudad, sino que también se ignora a los habitantes que ocupaban las nuevas casas y barrios construidos, que transitaban las calles trazadas y asfaltadas, que significaban con sus acciones el espacio público que se extendía entre edificio y edificio. En fin, demasiado a menudo la ciudad pensada y diseñada, incluso la ciudad construida, ocupan gran parte del relato y dejan poco margen para representar la ciudad vivida. Y los versos de Brecht nos lo recuerdan.

Bien es cierto que desde tiempos de Michelet existe toda una tradición de escritura de la historia desde el pueblo y con el pueblo como protagonista. Que posteriormente la historia social y la historia cultural, así como aquella que ha establecido diálogos más intensos con la Antropología, se han preocupado por explotar una perspectiva desde abajo para reintegrar en el relato del pasado a los diferentes grupos subalternos, ya fuera la clase obrera, las mujeres, las poblaciones racializadas y discriminadas o las diferentes formas de disidencia respecto a la normatividad social (Burke *et al.*, 2012). Y también se debe reconocer que ya hay ejercicios meritorios que han tratado de trasladar esta perspectiva al estudio de la historia de las ciudades, partiendo de las experiencias cotidianas de sus habitantes, para mostrar cómo la vida urbana se teje en las acciones e interacciones de sus habitantes en el día a día (Garrioch, 2002; Jerram, 2011; Oyón, 2008, entre otros). Cómo éstos no sólo ponen piedra sobre piedra para hacer reales los diseños ideados en una oficina por el político o el arquitecto, sino que además tienen la capacidad de desafiar y burlar dichos designios, destinando un edificio para una función distinta para el que fue diseñado, instalando su hogar en el barrio que se pensó como un distrito industrial o dejando que sus hijos jueguen y entorpezcan el paso en un cruce de calles cuyo trazado buscaba garantizar un tránsito rápido de automóviles y de personas.

El presente trabajo quiere ser una contribución en esta línea, la del estudio del desarrollo de las ciudades modernas desde abajo y atendiendo a los

habitantes anónimos que contribuyeron a su desarrollo o que bregaron por sobrevivir a pesar de la ciudad, adaptándose y subvirtiendo el orden urbano en que se habían visto inmersos. Y para ello se propone un estudio del modo en que se integró la población chicana en la ciudad de Los Ángeles, California, en el periodo de entreguerras, momento en que despegó su trepidante crecimiento hasta convertirla en una de las mayores aglomeraciones urbanas del planeta. Por supuesto que ya existe una inmensa bibliografía sobre la ciudad de Los Ángeles, buena parte de la cual ha vertido una mirada crítica sobre el modo en que sus élites articularon el crecimiento desbordante de la ciudad (Davis, 1992; Ethington, forthcoming; Fogelson, 1993; Klein y Schiesl, 1990). También existen trabajos de importancia sobre la propia comunidad chicana de Los Ángeles que han retratado tanto la formación del Barrio en East L. A. (Castillo, 1980; Monroy, 1999; Romo, 1983), la construcción de una identidad social específica de los chicanos como sujetos de frontera (Sanchez, 1995) o la contribución de los inmigrantes mexicanos a las luchas obreras (Escobar, 1999). La presente investigación dialogará con todos estos trabajos pero contribuyendo por otra vía a la restitución del pasado mexicano o chicano de Los Ángeles, la de la reincorporación de las masas olvidadas de la historia a través de la cuantificación y la serie estadística. Si bien dicho camino, que fue el propuesto en su día por la escuela de Annales, puede parecer anticuado y abocar a ese tipo de historia social sin rostro humano, de aire un tanto estructural y determinista que tuvieron las aproximaciones de aquella historia social, también permite captar con precisión determinados fenómenos que, al menos para la comunidad chicana en Los Ángeles, aún no están suficientemente descritos. Sabemos poco, o todavía no suficiente, sobre su participación en el mercado laboral, más allá de las figuras más representativas y que han quedado a modo de estereotipo (el trabajador agrícola temporero en el cultivo del cítrico, el empleado en la construcción del ferrocarril) (Alamillo, 2006; García, 2001; Laslett, 2012; Molina, 2006). Es cierto que ya se ha descrito abundantemente el barrio (East L. A.) como el hábitat de esta comunidad, en cambio, se sabe menos de su inserción en el resto de la ciudad, con qué tipo de trabajos o negocios

lograron adentrarse en otros barrios en que convivían con otras minorías étnicas y comunidades, si lograron acceder a la propiedad de sus viviendas y en qué lugares. Tampoco hay demasiados estudios que analicen las diferencias de género que atravesaban a la comunidad chicana, en aspectos esenciales como su participación en el mercado de trabajo, en sus niveles de estudios o en la movilidad social que lograron. Y, por finalizar con un listado que podría ser mucho más abundante, tampoco contamos con un análisis que vaya más allá del análisis aislado de la propia comunidad chicana, que compare muchos de sus rasgos sociodemográficos con los de otros grupos étnicos en formación en una ciudad, Los Ángeles, caracterizada desde su constitución como gran aglomeración por la extremada diversidad de los orígenes de sus habitantes, tanto en lo que se refiere a la migración interna de estadounidenses, como a los procedentes de otros países, europeos, asiáticos y, en parte, americanos (aunque aquí el predominio mexicano era claro).

La necesidad de precisar los rasgos sociodemográficos de la población angelina es tanto más imperiosa en razón de la insistente representación que desde su propio despegue se ha hecho de esta ciudad como casi exclusivamente blanca. "The White spot of America" (el lugar o la mancha blanco/a de América), así la presentaban sus promotores a comienzos del siglo xx, cuando la cámara de comercio buscaba atraer inmigrantes caucásicos del medio Oeste estadounidense para poner en marcha el proyecto de gran ciudad que ambicionaban (Flaming y Deverell, 1999). Y con tal denominación se quería subrayar la particularidad en la composición social de los habitantes de la ciudad del Sur de California, aún con muy poca presencia de la población negra, a diferencia del Sur de Estados Unidos y también de una costa Este y del norte industrial, hacia donde se habían dirigido los esclavos tras su liberación. Con ser cierto, aun aceptando que hasta la Segunda Guerra Mundial la población blanca europea era mayoritaria en L. A. y en porcentajes mucho mayores que en otras ciudades estadounidenses, también lo es que ya era notable una gran diversidad de comunidades étnicas que se iban distinguiendo en el paisaje de la ciudad, ya la de una población negra que iba creciendo, la de japoneses, la de chinos y otros grupos orientales

que habían ido llegando desde finales del xix, también de judíos del este de Europa, o italianos que de manera creciente afluían a California a través de Nueva Orleans (Wild, 2008). Pero entre todos destacaban los mexicanos, que además se distinguían por la relación especial entre la ciudad de Los Ángeles y su tierra de origen (Castillo, 1980; Sanchez, 1995). No era que muchas de las migraciones fueran temporales y estacionales, garantizando un contacto estrecho y fluido con la patria, sino que en realidad California albergaba población que había estado presente de manera continuada desde antes de la conquista por parte de Estados Unidos en 1848. Es más, Los Ángeles era una fundación española y de fuerte impronta mexicana, que sólo hacia finales del siglo xix había comenzado a reconfigurarse de acuerdo con los parámetros urbanos y culturales propios de los anglosajones. En esa propaganda que las élites de la ciudad construyeron para atraer más y más inversores a sus calles, se trató de neutralizar y borrar ese carácter mexicano de la ciudad, en un proceso de blanqueamiento (*whitewashing*) de la historia de la ciudad con dos vertientes (Deverell, 2004). Por un lado, se daba por desaparecida la cultura de los denominados Californios, los habitantes de la ciudad, indios y mestizos primero bajo gobierno español y luego bajo el mexicano, y cuyas costumbres, si se habían de preservar, era a través de su musealización y disecación, en museos etnográficos y atracciones turísticas que no tenían tanta intención de conocer una cultura como de certificar su desaparición. La segunda vertiente se relacionaba más con la invisibilización de la cada vez más llamativa y numerosa nueva población mexicana, ésta sí venida en migración creciente en las primeras décadas del siglo xx. Como han mostrado diferentes estudiosos, dicha invisibilización se persiguió por distintos medios, que incluían desde la expulsión de los residentes chicanos de los vecindarios centrales de la ciudad, hasta los esfuerzos desplegados por las élites anglosajonas y protestantes para su americanización, proceso de integración social que implicaba desprenderse de determinados rasgos culturales considerados incompatibles con el progreso y la civilización (Lewthwaite, 2009).

Sea como fuere, el objetivo era el mismo, hacer desaparecer lo mexicano de las calles de una ciudad a la que sus promotores y gobernantes querían a su imagen y semejanza: blanca, europea y protestante. Sin embargo, y como veremos, esto no era más que una quimera, pues en sus planes también estaba el del crecimiento económico y la acumulación de riqueza, para lo cual la afluencia de trabajadores migrantes, entre los cuales los mexicanos eran una parte importante, se hacía imprescindible: una paradoja que condicionó con fuerza la formación de las comunidades étnicamente diferenciadas y racializadas en la ciudad californiana en las primeras décadas del siglo xx. Como ya se ha apuntado antes, en esta aproximación se tratará de describir el modo específico en que los chicanos se integraron, a pesar de la hostilidad de buena parte de los angelinos, en una ciudad que los necesitaba pero que los marginaba hacia espacios secundarios y periféricos de la ciudad. La fuente fundamental para este trabajo serán los censos de población del condado de Los Ángeles en los años de 1920, 1930 y 1940, cuya digitalización permite análisis complejos de los factores que empujan a determinado comportamiento social y que, a la vez, dan cuenta de la extrema diversidad de maneras de habitar la ciudad de una comunidad, la mexicana-americana, que no puede reducirse a los estereotipos que se han vertido sobre ella. Frente a trabajos realizados con resúmenes estadísticos en otra época, que tienden a subsumir en las mayorías estadísticas una realidad mucho más compleja, en este ejercicio se pretende, tomando nota de las críticas y advertencias contra esa historia social sin rostro humano y aprovechando los ricos trabajos desarrollados por otros investigadores desde perspectivas más micro o más cercanas a la antropología, recoger esa diversidad y maleabilidad de la comunidad chicana en Los Ángeles del periodo de entreguerras. Para ello se proponen cuatro etapas en este texto. Una primera parte se dedicará a establecer las líneas generales de la evolución de la ciudad de Los Ángeles en este periodo, para mostrar ese contexto hostil y cambiante en que se integraron las riadas de inmigrantes que atravesaban la frontera mexicana. En la segunda se reflexionará sobre los problemas de identificación y cuantificación de la población chicana a través de las fuentes y, particularmente

mediante un censo de población que no reconocía de manera homogénea a lo largo del tiempo la clasificación racial, contrastando las cifras estimadas en anteriores trabajos con una relectura actual de la documentación. Seguidamente, la tercera se consagrará a la caracterización de la comunidad chicana de Los Ángeles en comparación con el conjunto de la población de la ciudad, atendiendo a su composición demográfica, dinámicas familiares, inserción laboral y pautas residenciales en una ciudad con fuertes tendencias hacia la fragmentación social y étnica ya en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, en una cuarta parte se examinarán con más detalle los rasgos de las formas de vida de los chicanos en función de su lugar de residencia, identificando aquellos enclaves de mayor concentración de población o donde se produjera una identificación mayor entre la población chicana y una determinada forma de vida y de inserción en el mercado laboral. Con ello se buscará dar cuenta de la extrema diversidad de comportamientos que se hacía posible al amparo de una comunidad, la mexicana-americana, nutrida de muchas corrientes migratorias, atravesada por múltiples diferencias de clase, cultura e identidad con la tierra de origen como con la de acogida.

Los Ángeles en el periodo de entreguerras: una ciudad desbordante aún no tan fragmentada

Hoy nos puede resultar evidente el carácter rupturista que adquirió Los Ángeles en su desarrollo, sus rasgos radicalmente opuestos a las configuraciones urbanas tanto de América como de Europa. Si hacemos genealogía, incluso podemos distinguir con cierta claridad las pulsiones que ya antes de la Segunda Guerra Mundial iban configurando la que Mike Davis bautizó como la ciudad del futuro (Davis, 1992), ese modelo que acabaría exportándose con mayor o menor intensidad a otras geografías en la segunda mitad del siglo xx, marcado por la extensión suburbana, el abandono del centro, la motorización y una combinación aparentemente paradójica entre extrema

diversidad étnica y estricta segregación de barrios en función de la composición de clase y del origen étnico de sus habitantes. Y es verdad que algunos de estos rasgos ya empezaron a manifestarse desde el mismo momento en que tomó el poder la élite anglosajona que dominó su gobierno hasta finales del siglo xx. También que ya se percibía entre quienes la visitaban por aquel entonces que, para bien o para mal, para fascinación o para disgusto, Los Ángeles era una ciudad con algunas características que la hacían muy diferente al resto de las grandes aglomeraciones del planeta. No obstante, esa forma (o esa falta de forma, quizá más propiamente dicho) que hoy nos es tan clara, aún no se apreciaba con tanta nitidez en el periodo de entreguerras (Wild, 2008). El destino de Los Ángeles como la ciudad segregada que luego fue, con fuertes distancias entre los barrios negros del sur y las lujosas residencias de las montañas más allá de Hollywood, la ciudad donde el automóvil se ha impuesto a la lógica del caminante o del usuario del transporte público, ese Los Ángeles aún no se había configurado totalmente. Era una ciudad en disputa, aún sin definir, inmersa en un crecimiento inusitado por su velocidad y por la forma que adquiriría, en la que, claro está, quienes controlaban más cuotas de poder tenían la capacidad de definir el desarrollo de sus nuevos barrios o el uso de los espacios públicos, pero en la que las fuerzas sociales que alimentaban su crecimiento también escapaban al poder de decisión de magnates y autoridades. El objetivo de este primer apartado es subrayar el carácter contradictorio y hasta cierto punto descontrolado del desarrollo de Los Ángeles en este primer impulso a su crecimiento, el que medió entre finales de siglo xix, se aceleró intensamente con la Primera Guerra Mundial y cambió de ciclo tras 1945. Fue en este contexto de crecimiento contradictorio y desbordante, en una ciudad aún sin definir y sin formar en su estructura básica, que los migrantes mexicanos se movieron, con un margen de libertad y acción, que habrá que calibrar, para integrarse y construirse como una comunidad con rasgos propios. Sin poder abundar en una descripción tan detallada como la que ya ofrecen diversos trabajos de referencia sobre la historia de Los Ángeles (Deverell y Hise, 2014a, 2014c; Ethington, forthcoming; Fogelson, 1993; Starr, 1986), aquí sólo subrayamos

una serie de rasgos que consideramos determinantes para nuestro estudio; rasgos que son propios de un determinado momento en la evolución de Los Ángeles y que por haber sido matizados o borrados en etapas posteriores, a veces tienden a ser olvidados en los análisis: el crecimiento desbordante de la ciudad, el carácter diverso de su modelo productivo y por tanto de su atractivo migratorio, la coyuntural combinación en su paisaje residencial de fragmentación en ausencia de segregaciones étnicas radicales y la oportunidad de mestizaje y colaboración entre grupos étnica y socialmente diferenciados.

El calificativo de desbordante se adecuaba para describir el crecimiento y la transformación de Los Ángeles entre 1870 y 1945 en diferentes sentidos, lo fue en términos demográficos. La ciudad de Los Ángeles experimentó un crecimiento que no puede ser más que calificado como vertiginoso. En aquel año de 1870, poco después de acabada la Guerra de Secesión, apenas contaba con 5 728 habitantes, que se multiplicaron hasta 102 379 en el cambio de siglo. Ahora bien, el crecimiento real de la ciudad era mucho mayor, pues como satélites en órbita alrededor del núcleo original de Los Ángeles, se habían desarrollado varias localidades que se expandían a ritmos similares. En realidad, hablar de Los Ángeles, ya en esta época, obliga a analizar una multiplicidad de núcleos integrados entre sí, fragmentados políticamente, en tanto que cada uno tenía su propio gobierno, pero que formaban parte de una misma realidad urbana. Ciudades como Pasadena, ya con 9 000 habitantes en el cambio de siglo o Santa Mónica con 3 000, crecerían exponencialmente también en los años siguientes. Otras pasarían de ser un puñado de casas a convertirse en ciudades de decenas de miles de habitantes como sería el caso, por ejemplo, de Glendale, prácticamente inexistente por entonces y que para 1940 contaba con unos 80 000 vecinos. La cuestión se complica aún más porque en el crecimiento de la propia ciudad de Los Ángeles hay que tener en cuenta el progresivo proceso de anexión de comunidades y municipalidades adyacentes. En su expansión Los Ángeles fagocitaba pueblos y grandes extensiones de terreno, mientras otras, por diferentes circunstancias (entre ellas el deseo de autonomía de sus habitantes) preferían permanecer autónomas (es el caso de la propia Pasadena, Glendale, Santa Mónica o Beverly Hills).

Los Ángeles era así una continuidad urbana de localidades comunicadas muy pronto por carreteras y por ferrocarril, algunas englobadas en una misma administración local, otras independientes políticamente pero interdependientes en su dinámica urbana, cuya evolución en términos cuantitativos es difícil de seguir. Por ello, a partir de 1900 es mejor fijarse en los datos de la evolución de la población del condado, que por otra parte casi aparecía del todo urbanizado (en el modo disperso en que se produjo la urbanización angelina). Los 170 000 habitantes de las distintas ciudades del condado en 1900 pasaron a 500 000 en tan sólo 10 años (1910), doblaron al millón en 1920 y se situaron en 2.7 millones en el censo de 1940, alcanzando cifras propias de las grandes megalópolis tanto europeas como del norte del país.

Crecimiento de la población del condado y de la ciudad de Los Angeles, 1850-1940				
Año	Condado de Los Ángeles	Tasa de crecimiento	Ciudad de Los Ángeles	Tasa de crecimiento
1850	3 530		1 610	—
1860	11 333	221%	4 385	172%
1870	15 309	35%	5 728	31%
1880	33 381	118%	11 183	95%
1890	101 454	204%	50 395	351%
1900	170 298	68%	102 479	103%
1910	504 131	196%	319 198	211%
1920	936 455	86%	576 673	81%
1930	2 208 492	136%	1 238 048	115%
1940	2 785 643	26%	1 504 277	21%

Fuente: Censos de población de Estados Unidos de América.

La intensidad de este crecimiento superó cualquier previsión que se pudiera haber hecho por parte de las autoridades locales, algo que por otra parte fue común a todas las grandes aglomeraciones incorporadas al gran ciclo de urbanización desplegado entre 1870 y 1945. Como en otros lugares, las elites locales, las que promocionaron el despegue y transformación de Los Ángeles hacia finales del siglo XIX, habían acabado generando una dinámica de una amplitud mucho mayor que cualquier cálculo posible y que escapaba

a su control, la mejor ilustración de este carácter desbordante del crecimiento de Los Ángeles es su contagio, más allá de la ciudad y de su entorno, al conjunto del condado, lo que acabó provocando que no existiera una autoridad que pudiera organizar y armonizar su despliegue. ¿Quién gobernaba Los Ángeles?, ¿su alcalde?, ¿las autoridades del condado?, ¿el gobernador de California? Esto no quiere decir que no hubiera una lógica que explicara su despliegue ni que no hubiera intento de encauzarlo en beneficio propio desde diversas instancias, la urbanización acelerada abrió un gran abanico de oportunidades de negocios, tanto para los grandes magnates como para buscavidas de todo tipo que migraban a California, que encontraron vetas muy diferentes para enriquecerse o simplemente para sobrevivir mientras se construía la ciudad.

Y es que igual de inesperado que el crecimiento en número de habitantes fue el camino por el que transcurrió la economía de la ciudad en estos años, también imposible de prevenir. Más allá de la orientación hacia la producción agrícola, en una tierra privilegiada climáticamente como es el sur de California, el primer impulso que se había dado a la economía de Los Ángeles fue el de la especulación del suelo e inmobiliaria de una tierra, que a finales del siglo XIX se publicitaba a los potenciales compradores del Medio-Oeste, precisamente, como la de la eterna primavera (Davis, 1992; Deverell y Hise, 2014b). La idea original era crear una ciudad a medio camino entre la economía de granja y la del turismo, lejos de los males que asolaban a las grandes ciudades industriales del norte. Un paraíso destinado para los propietarios de clase media y origen europeo que poblaban el Medio-Oeste y que acudían para invertir sus ahorros y rentas. Y en parte así fue al principio, una gran parte de la migración que alimentó el crecimiento de la ciudad en las décadas de fines del siglo XIX y principios del XX respondía a este perfil. Pero al mismo tiempo, la puesta en marcha de este proyecto obligaba al desarrollo de sectores productivos que no necesariamente encajaban con ese ideal de ciudad granjera que algunos anhelaban (*farm city*, era el nombre que le dieron en sus primeros tiempos algunos de los promotores de Los Ángeles). Primero fue el ferrocarril, imprescindible para conectar viajeros y mercados del

resto de Estados Unidos, que se convirtió en un ámbito de negocio que no sólo abrió enorme cantera para la contratación de mano de obra, sino que habilitó como infraestructura básica el desarrollo de otros potenciales productivos de California y del área de Los Ángeles. Con ello la ciudad nacida para veraneantes y rentistas se tornó tierra de oportunidades para todo tipo de aventureros, de un amplio espectro social, desde trabajadores sin apenas cualificación y dedicados a labores de fuerza, hasta grandes inversores atraídos por las nuevas vetas de negocio. Y por supuesto, esto implicaba tanto a estadounidenses y europeos que llegaban desde el Este, hasta japoneses, chinos y filipinos que lo hacían desde el Oeste y claro está, mexicanos que acudían traspasando las fronteras desde el Sur.

Tres fueron los sectores productivos que protagonizaron el gran salto industrial hacia adelante de Los Ángeles: el petróleo, la industria aeronáutica y la industria cinematográfica. Tres industrias punta que generaron enormes beneficios y abundantes empleos de todo tipo de cualificación. A ellas se añadieron otras ramas industriales también en pleno desarrollo en las grandes ciudades de su tiempo como la del automóvil o la industria alimentaria y, por supuesto, la gran cantidad de negocios que rodeaban la propia construcción de la ciudad, desde la edificación de viviendas al despliegue de infraestructuras y obra pública de todo tipo, que a su vez demandaban una ingente cantidad de trabajadores (Ethington, forthcoming). En definitiva, para tiempos de la Primera Guerra Mundial, Los Ángeles contaba con un modelo productivo diverso e innovador, con gran capacidad de arrastre de corrientes migratorias de todo tipo y particularmente de trabajadores manuales, tanto cualificados para sus modernas industrias, como dispuestos a integrarse en las duras tareas del trabajo en obras públicas, tareas agrícolas o la prospección petrolera. La cuestión era que aquel ideal de una ciudad agrícola y granjera se hacía ya impensable, al menos para el conjunto de la gran extensión de terrenos que cubría la aglomeración angelina. Las cifras de la composición del mercado laboral que ofrece el censo del año de 1920 nos muestran una población en que los trabajadores industriales eran abundantes, lo mismo que los de cuello blanco integrados en los servicios o en las

profesiones liberales. Paradójicamente no parecía haber muchos trabajadores de escasa cualificación, aunque probablemente éstos estuvieran englobados en el gran número de quienes se registraban como “no clasificados” (probablemente elegían esa rúbrica al no tener un empleo fijo).

Estructura profesional de la población del condado de Los Ángeles en 1920						
Sector profesional	varones	%	mujeres	%	total	%
Profesionales liberales, técnicos y artistas	16 830	4.56	12 760	3.35	29 590	3.94
Dueños y mángers de fábricas	13 346	3.61	748	0.20	14 094	1.88
Mánagers	24 140	6.53	3 052	0.80	27 192	3.62
Empleados de oficinas y administración	12 248	3.32	16 185	4.25	28 433	3.79
Trabajadores de ventas	24 129	6.53	7 919	2.08	32 048	4.27
Artesanos y trabajadores manuales cualificados, incluyendo aprendices	57 174	15.48	1 590	0.42	58 764	7.83
Trabajadores en los servicios	37 933	10.27	30 588	8.02	68 521	9.13
Trabajadores de granjas	10 088	2.73	561	0.15	10 649	1.42
Pescadores	922	0.25	9	0.00	931	0.12
Trabajadores indeterminados y jornaleros	25 445	6.89	1 177	0.31	26 622	3.55
Sin clasificar	80 204	21.71	24 952	6.55	105 156	14.01
Inactivos	2 452	0.66	985	0.26	3 437	0.46
Sin datos	64 520	17.46	280 699	73.63	345 219	45.99
total	369 431	100.00	381 225	100.00	750 656	100.00

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo del Condado de Los Ángeles de 1920.

La atracción de trabajadores manuales, y particularmente los menos cualificados, también frustró la esperanza de aquellos que confiaban en que la ciudad preservara su condición de “*white spot of America*”. Un análisis de la evolución de la composición de la población angelina de acuerdo con los criterios raciales manejados por la administración estadounidense desvela la aparición de comunidades étnicas diferenciadas de cierta importancia ya antes de la Segunda Guerra Mundial, si bien los datos presentan varios problemas, como se verá más adelante.

Composición racial de la población del Condado de Los Ángeles 1920-1940						
Categoría racial del censo	1920 corregido*		1930		1940 corregido**	
Blanco	846 100	89.91	1 950 736	88.29	2 467 720	88.38
Mexicano / Latino	54 073	5.75	167 318	7.57	201 101	7.20
Negro	13 599	1.45	46 547	2.11	74 613	2.67
Mulato	5 014	0.53	n.a	n.a	28	0.00
Indio Americano	217	0.02	938	0,04	1 167	0.04
Chino	2 432	0.26	3 587	0.16	5 186	0.19
Japonés	19 195	2.04	35 450	1.6	36 206	1.30
Filipino	280	0.03	4 430	0.2	5 628	0.20
Coreano	56	0.01	406	0.02	540	0.02
Total	941 005	100	220 9547	100	2 792 328	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos del Condado de Los Ángeles, 1920-1930-1940. Nota: se han conservado las denominaciones raciales utilizadas por la administración norteamericana, En los censos de 1920 y 1940 se han introducido criterios de corrección para identificar a la población de origen mexicano.

La imagen que ofrece esta clasificación está fuertemente distorsionada por la ambigüedad de la categoría “blanco” que los encargados de elaborar el censo, en realidad, aplicaban a todos aquellos residentes que no formaran parte de las minorías especialmente vigiladas por el estado. De hecho, los mexicanos o chicanos no aparecen clasificados como tales en los censos de 1920 y 1940, y fueron incluidos en esa categoría de blanco; sólo fueron identificados como un grupo aparte en 1930, al tiempo que se ponían en marcha las políticas de deportación de trabajadores mexicanos en el marco de la Gran Depresión (Gratton y Merchant, 2013; Monroy, 1999). Por otro lado, bajo esa misma categoría de blanco se incluían contingentes de población que se diferenciaban por una identidad cultural propia y que lo hacían ver en la ciudad residiendo en los mismos barrios, reuniéndose en sus propias iglesias o manteniendo algunas de sus costumbres. Como en el resto de Estados Unidos, los más numerosos eran los judíos venidos de Europa, los italianos y los irlandeses, gran parte de los cuales llegaban hasta California tras un paso efímero por el Este del país. Se trata pues, de una diversidad étnica y cultural que ya animaba la ciudad pero que no registra la documen-

tación estadística oficial. En verdad ésta se confeccionaba para identificar, o bien, a los miembros de estados cuya afluencia migratoria se pretendía limitar o impedir, como era el caso de chinos y japoneses, sometidos a duras restricciones desde finales del siglo XIX, o las minorías internas que eran concebidas como un problema desde una óptica de tintes racistas: es lo que explica la identificación de la comunidad afrodescendiente o la de los indios nativos americanos (por otra parte, poco numerosos en el censo).

Sin discusión, los chicanos constituían la comunidad más numerosa en Los Ángeles de entreguerras, rondando el 7% de toda la población, un porcentaje que probablemente fuera más alto.² El segundo grupo en importancia era el de la comunidad negra, aún reducida si se compara con las grandes ciudades industriales del norte, adonde todavía se dirigía preferentemente en busca del trabajo y huyendo de la segregación de los estados del sur. Mucho más minoritarias eran las comunidades china y japonesa que no superaron respectivamente el 1 y el 2% del total de población angelina. A la luz de estos datos se podría aducir que eran comunidades demasiado pequeñas como para hablar de una ciudad racial o étnicamente diversa, que el predominio blanco era aún fuerte, casando con los deseos de las elites y las clases medias rentistas que habían propulsado el crecimiento urbano. Y en parte era cierto, esos suburbios característicos de casas unifamiliares habitadas por descendientes de europeos y que se extendían hacia el este de la ciudad, hasta llegar a la costa y fundirse con Santa Mónica, pero al mismo tiempo fueron surgiendo ciertos enclaves en los que la presencia de esas comunidades diferentes al ideal blanco-europeo era muy evidente. En el centro histórico de la ciudad, en torno a “La Plaza” y Olvera Street, donde aún algunos edificios rezumaban el sabor hispano-mexicano de antes de la conquista de

² La cifra de población de origen mexicano se ha reconstruido a partir de un análisis de los censos, rescatando no sólo aquella que había nacido en México sino también quienes señalaban tener padres nacidos en México. Bien es cierto que esto no equivale a reconstruir toda la comunidad chicana, pues podía haber terceras generaciones de inmigrantes, cuyos padres ya hubieran nacido en California y que se siguieran identificando culturalmente con la comunidad mexicana: éstos no son recuperables por este método de corrección de cifras.

1848, se concentraban los inmigrantes temporeros procedentes de México (así como los recién llegados de la ciudad desde otros lugares, particularmente los italianos) (Escobar, 1999; Estrada, 1999; Wild, 2008). Más al este, cruzando el río de Los Ángeles, surgieron ya en la década de 1920 vecindarios con una fuerte concentración también de mexicanos, éstos ya residentes de larga estancia en la ciudad, como Boyle Heights, Lincoln Heights o, ya fuera de los límites de la ciudad, como Azusa o El Monte (Romo, 1983). No muy lejos de “la plaza” se constituyó en una zona depreciada por el impacto del equipamiento del ferrocarril y de ciertos establecimientos industriales: el Chinatown de L. A., albergue por parte de la población de origen chino, pero también localización del distrito rojo de la ciudad (Lou, 1982). Y ya más al sur, en los terrenos entre el Downtown y el río, se alzaron los edificios y comercios que ya entonces se convirtieron en punto de referencia de la comunidad japonesa. A Little Tokio acudían los inmigrantes de este país los fines de semana y días especiales haciendo mucho más visible su presencia de lo que podrían hacer sospechar los registros oficiales de población (Kuras-hige, 2008). Finalmente, al sur, siguiendo las líneas de ferrocarril que se encaminaban al puerto de San Pedro y avecindando con las fábricas y grandes depósitos de mercancías, se desplegaron los barrios de la comunidad negra, en lo que se conocería más tarde como South Central (Flamming, 2006).

Como ya destacó en su libro clásico Robert Fogelson, para 1930 Los Ángeles era una ciudad que ya apuntaba a la fragmentación que sería característica de su paisaje social en la posguerra mundial (y que además se complicaría con la aparición de contingentes étnicos y culturales cada vez más diversos, como los procedentes de Armenia, Corea o Filipinas, por mencionar sólo algunos) (Fogelson, 1968). Y es precisamente esa fragmentación la que contribuyó a hacer más visible esa diversidad, en vez de que las distintas comunidades se diluyeran en una amalgama diversa, diferentes presiones las empujaban a concentrarse en ciertos barrios. La presión más fuerte procedía de la población blanca europea, que además era la que realmente vivía en barrios más homogéneos, ya fuera porque éstos eran inaccesibles por lo elevado de la renta a mucha de la población racializada de clase trabajadora,

ya porque los propios vecinos desplegaron diversas estrategias para evitar su llegada (como la prohibición de vender suelo en determinados lugares a gente de color o las visitas intimidatorias contra quienes se atrevían a instalarse en un barrio que no “pertenece” a su raza), el caso es que los suburbios del oeste de la ciudad sí que mantenían en gran medida ese ideal de pureza blanca que una parte de los angelinos buscaban. Los barrios de chicanos, negros, japoneses, judíos o chinos, aunque bien reconocibles por algunos de sus edificios y establecimientos más emblemáticos o por ser escenario de la vida comunitaria de estos migrantes, como han destacado diversos trabajos, también se caracterizaban por estar más abiertos a los intercambios y a la convivencia de grupos étnicamente diferenciados (Varzally, 2008; Wild, 2008). Esto era especialmente visible en lo que Mark Wild ha calificado como distritos centrales, es decir, esos barrios que por ser cercanos al *downtown* y a las áreas industriales eran los ideales para la residencia de la clase trabajadora pero adonde también se acudía en los momentos de ocio. Por ejemplo, Central Avenue, y sobre todo en las zonas más al norte y cercanas al *downtown*, aunque los negocios fueran propiedad de la comunidad negra, también residía población de otras etnias y, sobre todo, a ellos acudían personas de toda la ciudad atraídas por su vibrante oferta de entretenimiento de la que el jazz y el baile eran los cebos más populares. Lo mismo sucedía en Little Tokio, prácticamente una prolongación de la zona comercial del centro de la ciudad y en la que la impronta japonesa de muchas de sus tiendas convivía con la presencia de y a la visita de personas de muchas otras procedencias.

Así, Los Ángeles era una ciudad creciente fragmentada pero no estrictamente segregada. Sólo la población blanca se autosegregaba y se blindaba en sus barrios ante la llegada de aquellos a los que veía como de color o de otra raza. Sólo tras la Segunda Guerra Mundial las fronteras se harían más estrictas entre estas comunidades, que en estos años en cambio mantenían un contacto mucho más fluido e intenso (Ethington *et al.*, 2001). Más allá de la proximidad física de las residencias, se dieron en Los Ángeles de entregueras diversas experiencias de colaboración entre estas minorías. Hemos aludido a las zonas de ocio, donde como en otras ciudades estadounidenses del

momento, fueron frecuentes las trasgresiones de las barreras raciales. Pero también hubo iniciativas de otro tipo que buscaban, de manera más explícita, la colaboración interracial como solución a la situación de pobreza y exclusión de muchos de los miembros de las minorías étnicas. Es bien conocida la creación de la All Nation's Church del reverendo Bromley Oxnam que trató de tender lazos entre distintas comunidades de inmigrantes en el barrio más pauperizado del centro, Skid Row (Deverell y Wild, 2006). También hubo iniciativas para crear escuelas públicas mixtas, en East L. A., donde fomentar un espíritu de convivencia y de respeto a la diversidad (Varzally, 2008). Si acaso, fue quizá en el terreno político donde se produjeron los ensayos más ambiciosos, y fue el Partido Comunista en su ramificación angelina quien lanzó la iniciativa más ambiciosa de organizar a la clase trabajadora, sin distinción de orígenes nacionales o étnicos (Wild, 2008).

Al mismo tiempo, existieron instituciones y prácticas que, sobre la base de una pertenencia cultural común, buscaban crear comunidad, es decir, proveían de solidaridad entre los miembros del grupo, mantenían elementos de una cultura que se identificaba como tradicional o genuina o cohesionaban al grupo en torno a ciertas prácticas religiosas. Hay muy valiosos trabajos de investigación que así lo explican para las comunidades negras, judías, chinas y japonesas, entre otras, de Los Ángeles. Y por supuesto, los hay para explicar la formación de una identidad compleja y de frontera como la mexicana-americana o chicana (Sanchez, 1995). Pero lo importante es dar cuenta de la existencia de esa fluidez, convivencia y coexistencia entre grupos y la firmeza combinada de permeabilidad de fronteras que les distinguían dentro de una ciudad en intenso crecimiento y transformación, a un ritmo descontrolado y con una trayectoria impredecible. Es en este contexto complejo, en ciertos aspectos hostil, pero en otros abierto y maleable, en el que debe darse cuenta del acomodo de la comunidad mexicana migrante a Los Ángeles en el periodo de entreguerras.

La borrosa presencia mexicana en Los Ángeles en un régimen migratorio cambiante

Como ya se ha podido intuir, existen muchos factores que contribuyen a borrar la presencia de la comunidad mexicana en la historia de Los Ángeles. Por un lado, está ese relato interesado de las élites y grupos hegemónicos que, como en otros muchos lugares, han tendido a despreciar a los subalternos y a orillarles en su representación de la ciudad. Es un problema para el que la historiografía ya ha buscado estrategias en el estudio de otros colectivos, ya sea en la historia de las mujeres, de las clases populares o, como en este caso, el de los grupos étnicos o culturales en posiciones de subordinación. Y como ya se advirtió al inicio de este texto, una de las vías clásicas fue la de la recuperación a través de la fuente serial y estadística, esa reintegración de las masas a través de las cifras que la Escuela de Annales de manera significativa ensayó, con su énfasis en la historia demográfica y social. Los censos del gobierno federal de Estados Unidos, ahora digitalizados, podrían ofrecer así un material inestimable para esta reintegración de la comunidad chicana a la historia de Los Ángeles (y en realidad lo hacen) aunque no están exentos de problemas que se derivan de la ambivalente actitud de autoridades y grupos de poder de la sociedad blanca estadounidense, y de los escasos incentivos para que los propios chicanos se reconocieran y presentaran como tales en los registros oficiales.

Una mirada general a las cifras de la población chicana de Los Ángeles recogidas en distintos estudios y a las que se han reconstruido para este trabajo a partir del censo de población permiten entender la extensión del problema.

Estimación de la población Mexicana de Los Ángeles 1910-1940				
Año	Población en la ciudad de L. A. según Romo	Población del Condado según el censo y su clasificación racial	Población en la ciudad de L. A. según estimación propia a partir del Censo	Población en condado de L. A. según estimación propia a partir del Censo
1910	5 611			
1920	31 172	791	32 910	54 703

Estimación de la población Mexicana de Los Ángeles 1910-1940				
Año	Población en la ciudad de L. A. según Romo	Población del Condado según el censo y su clasificación racial	Población en la ciudad de L. A. según estimación propia a partir del Censo	Población en condado de L. A. según estimación propia a partir del Censo
1930	97 116	167 318	104 843	178 092
1940			95 581	201 101

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos contenidos en Censos de población y de Romo (1983).

Sobre estudios pioneros como el de Ricardo Romo (1983) existían serias sospechas de que las cifras ofrecidas eran muy inferiores a la realidad. Primero, porque había acudido a los resúmenes generales de los censos en los que, antes de 1930, como ya hemos señalado, en la clasificación por raza que se incluía en los formularios no se contemplaba la categoría de "mexican". Así que la única manera que este autor tenía de estimar la población mexicana era incluyendo en su cálculo a los que declaraban haber nacido en México o tener padres mexicanos. El segundo problema de sus cifras reside en el área geográfica comprendida, referidas únicamente a la ciudad de los Ángeles como unidad político-administrativa, no comprende a la ciudad como gran aglomeración de suburbios, dejando precisamente fuera algunos de los barrios donde la concentración de población mexicana era más abundante. No obstante, sus estimaciones se acercan bastante a la realidad que hemos podido reconstruir para este trabajo.

En 1930 se incluyó, por única vez en el periodo que estudiamos, una categoría de *mexican* para clasificación racial de la población, junto a la de *white*, *black*, *japanese*, *chinese* o *indian american*. Dicha categoría luego sería retirada en el censo de 1940 (las protestas por las prácticas de identificación y deportación de población de origen mexicano estaban detrás de este cambio).³ Es la población clasificada bajo esta categoría la que suma los 97 116 mexicanos de la ciudad de Los Ángeles y los 167 318 de todo el Condado

³ Aunque en 1920 dicha categoría no existía, algunos de los agentes censales debieron de decidir utilizarla, porque al menos para el Condado de Los Ángeles se registraron 791 vecinos como pertenecientes a la raza mexicana.

de Los Ángeles en 1930. Es muy ilustrativo leer al respecto las instrucciones que se les dio a los oficiales de registro del censo para decidir cuándo incluir como mexicano a algún residente en Estados Unidos:

154. Mexicans. —Practically all Mexican laborers are of a racial mixture difficult to classify, though usually well recognized in the localities where they are found. In order to obtain separate figures for this racial group, it has been decided that all persons born in Mexico, or having parents born in Mexico, who are not definitely white, Negro, Indian, Chinese, or Japanese, should be returned as Mexican ("Mex").

[154. Mexicanos. Prácticamente todos los peones mexicanos son de una mezcla racial difícil de clasificar, si bien frecuentemente fáciles de reconocer en las localidades en que son encontrados. Para poder obtener cifras separadas de este grupo racial se ha decidido que todas las personas nacidas en México, o que tengan padres nacidos en México, y que no sean evidentemente blancos, negros, indios, chinos o japoneses, deben ser registrados como mexicanos (Mex)] (*Instructions to Enumerators*, 1930).

En buena medida es el mismo sistema de cálculo que se había seguido en estudios como el de Romo y es el que se ha decidido seguir en nuestro trabajo, en el que a partir de la información introducida en bases de datos informáticas se han recalculado estas cifras a partir de las variables de lugar de nacimiento y lugar de nacimiento de los padres, y que ofrecen datos ligeramente superiores de población mexicana en Los Ángeles, tanto para la ciudad como para el condado en 1920 y en 1930. Y que permiten estimar la población para 1940, con 95 581 chicanos para el territorio gobernado por el Ayuntamiento de Los Ángeles y unos 201 101 para todo el condado.

Aunque se trate de cifras aproximativas y hasta cierto punto cuestionables,⁴ hacen ver una tendencia clara en el desarrollo de la comunidad chi-

⁴ La principal objeción, y de la que soy consciente, tendría que ver con este modo de clasificar a la población en una rúbrica de identidad étnico-cultural o racial al margen de su sentimiento de pertenencia. ¿Se sentían mexicanos o chicanos todos los que se han clasificado como tales?

cana de Los Ángeles y que es coherente con las explicaciones de estudios previamente publicados (Hoffman, 1974; Monroy, 1999; Romo, 1983; Sanchez, 1995). Un primer ciclo ascendente de la migración mexicana hasta la Gran Depresión y una ralentización, e incluso un retroceso de la presencia de los mexicanos residentes en Los Angeles a partir de ese momento (de hecho, la población chicana de la ciudad se redujo en la década de los 30, no así la del condado que, sin embargo, creció mucho más tímidamente que en la década precedente). También han sido ya muy pormenorizadamente descritos los factores de expulsión que dinamizaron la salida de migrantes desde México, los factores de atracción que explican su cada vez mayor predilección por el Sur de California frente a otros destinos y, en fin, los que podríamos considerar factores mediadores que facilitaron o complicaron el tránsito de la frontera (Sanchez, 1995). Entre los primeros se ha destacado, convincentemente, que deben buscarse las raíces de la gran inmigración en los efectos disruptivos que las políticas de signo modernizador del Porfiriato tuvieron sobre muchas de las economías locales del Norte de México, y luego del resto del país. Dichas políticas, de pretensión modernizadora, industrializantes y concentradoras de tierra en la explotación agrícola, truncaron viejas formas de vida y equilibrios económicos de subsistencia en el rural, forzaron a un creciente número de trabajadores a buscar fortuna en otras regiones, aunque fuera estacionalmente como temporeros. En esencia, es una causa que no se distingue de las que a partir del último tercio del siglo XIX desencadenaron los grandes movimientos migratorios en todo el mundo capitalista-industrial y que están detrás de la gran ola urbanizadora hasta la Segunda Guerra Mundial. Luego, vino la Revolución y las guerras internas mexicanas para añadir otro factor determinante para que parte de la población decidiera abandonar su país y, en muchos casos, mirar al norte.

¿Había operado la aculturación en segundas generaciones hasta el punto de que algunos de ellos no se consideraran parte de México o de una comunidad mexicana? Sin embargo, al menos estas cifras nos permiten acercarnos al volumen de población que potencialmente podría identificarse con una identidad chicana o mexicano-americana.

El porqué de esa mirada al norte, y con una cierta predilección, al noroeste que representaba California, también es evidente, el fuerte desarrollo industrial de Estados Unidos en su despliegue por los territorios recientemente conquistados multiplicó las oportunidades de contratación para estos migrantes del norte de México, en un flujo que, no en vano, era deseado y alentado por los propios empresarios norteamericanos. No sin que supusiera conflictos con las autoridades a un lado y otro de la frontera, los contratistas de mano de obra para la construcción del ferrocarril y para las explotaciones agrícolas del sur de Estados Unidos llegaron a adentrarse en territorio mexicano para enrolar trabajadores (teniendo luego que conformarse con desarrollar sus operaciones desde los puestos fronterizos, particularmente desde El Paso, Texas). Esta hambre de mano de obra barata se mantuvo despierta al menos hasta la Gran Depresión, e incluso entonces fue calmada por la presión de sindicatos y autoridades sobre los contratistas; si de ellos hubiera dependido, los empresarios hubieran seguido privilegiando la succión de unos trabajadores que, por distintas razones, se veían obligados a aceptar menores salarios que los estadounidenses.

Atendiendo a las cifras que nos arroja el censo queda claro que la aceleración de la llegada de población mexicana a Los Ángeles se produjo cuando ésta consolidó ese modelo productivo diverso y complejo que combinaba la inicial orientación a la especulación inmobiliaria y a la producción agrícola, con el desarrollo de industrias punta. En la década de 1910 los mexicanos de la ciudad se multiplican, pasando de unos 5 000 hasta más de 30 000 en 1920 y a 100 000 en 1930. En el condado tenemos sólo cifras para la década de 1920 pero el crecimiento es paralelo, de 54 000 a 178 000 en 1930. Este periodo coincide además con esos factores facilitadores del tránsito de la frontera a los que se ha hecho alusión anteriormente. Y es que, al menos hasta las reformas de la política migratoria estadounidense de 1917 y 1924 (e incluso más allá, en realidad), los límites fronterizos con México fueron relativamente porosos. Lo eran por el interés de las autoridades, particularmente las del sur de Estados Unidos, alineados con los empresarios y contratistas en la búsqueda de mano de obra para el ferrocarril, el trabajo en

obras públicas o la contratación en explotaciones agrícolas, empleos todos estos que para los temporeros resultaban ideales. De hecho, todavía en estos primeros estadios la migración no era siempre definitiva, sino que en gran medida respondía a una circulación estacional de trabajadores que fluían en ida y vuelta entre México y Estados Unidos en función de las oportunidades de contratación. Esto además facilitó el establecimiento de una cierta familiaridad entre la población del norte de México y la del sur de Estados Unidos que de alguna manera relativizaba lo que la frontera tenía de límite y de barrera. Familias, en un sentido extenso, se dividían a un lado y a otro, estableciendo lazos que facilitaban la circulación de información, animaban a emprender el viaje cuando había oportunidades de trabajo y ayudaban en los primeros tiempos cuando se optaba por ello. Estos lazos se mantendrían a pesar de los cambios en las políticas migratorias.

Los cambios llegaron a partir de 1924, con la Immigration Act que extendió las restricciones, que ya pesaban sobre los inmigrantes chinos, a los de otras nacionalidades y que endureció el control en los puestos fronterizos en la selección de quienes podían acceder al país y quienes no. Paradójicamente, en un primer momento estos cambios, en vez de frenarla, lo que produjeron fue un refuerzo del carácter definitivo de la migración mexicana hacia California (Sanchez, 1995). Sobre los mexicanos no pesaron cuotas migratorias que limitaran el número de los que entraban en el país (no hasta la década de 1960), pero sí se les hizo más duro y costoso el tránsito del puesto fronterizo, donde ahora había que superar controles sanitarios, pruebas de alfabetización y pagar un derecho de visado. Esto lo que provocó es que muchos de los que antes iban como temporeros no regresaran y que además llevaran a sus familias a Estados Unidos en vez de mantenerlas y visitarlas al otro lado de la frontera.

La Gran Depresión no supuso en realidad un cambio de tendencia, o no lo fue de manera absoluta. Las razones para salir de México seguían existiendo, pues las familias necesitadas seguían mirando a California y a otras partes de Estados Unidos como la tierra de oportunidades en donde familiares, amigos y otros compatriotas habían logrado prosperar. Esas redes de solidaridad y de

drenaje de paisanos siguieron además operando y, aunque la crisis económica llevó a la paralización de sectores enteros de actividad y a la destrucción de miles de empleos, los empresarios y contratistas siguieron interesados, quizá más que nunca, en recurrir a la mano de obra barata que representaban los trabajadores chicanos. Lo que sí cambió, y de manera radical, fueron las políticas migratorias respecto de los mexicanos, incluyendo a los trabajadores ya presentes en California. Durante la Gran Depresión se pusieron en marcha las políticas de repatriación de trabajadores mexicanos que sólo en el Condado de Los Ángeles supusieron el retorno al otro lado de la frontera de 17 000 personas (Acuña, 1976: 242). Esto podría explicar esa reducción del número de mexicanos en la ciudad entre 1930 y 1940 y el estancamiento en el condado. El todavía más estricto control de los pasos fronterizos también haría más duro y costoso el flujo de trabajadores, sin duda. Sin embargo, también deben contemplarse otros factores que explican las cifras de población de 1940 y que arrojan cierta sombra de sospecha sobre su fiabilidad. La experiencia de la repatriación y las políticas de hostigamiento contra la población chicana durante la década de 1930 llevaron seguramente a que muchos de los trabajadores en situaciones más expuestas evitaran el registro y podríamos sospechar un cierto ocultamiento. Por otro lado, el método que hemos utilizado para hacer aflorar a una comunidad como la chicana que no siempre era identificada con los criterios raciales que sí se aplicaban a otros grupos, presenta sus limitaciones con el transcurso del tiempo. Hacia 1940 ya tenía que haber primeros representantes de las terceras generaciones, nietos de inmigrantes mexicanos, que no se pueden identificar en el censo como miembros de esta comunidad porque tanto ellos como sus padres nacieron en Estados Unidos. Y, sin embargo, por su socialización y los rasgos de la cultura en que se reconocían, podían ser perfectamente considerados como chicanos. En definitiva, esos 200 000 mexicanos que estimamos a partir del censo del Condado de Los Ángeles de 1940 podían ser más, componiendo una minoría muy significativa de los dos millones y medio de habitantes de la ciudad.

Éste es el marco general en que se desarrolló la migración mexicana hacia el sur de California y más específicamente al Condado de Los Ángeles durante las primeras décadas del siglo xx. Debe retenerse una cuestión, por lo demás ya evidenciada en otras aproximaciones historiográficas a los flujos de migración, no resulta demasiado fácil ni efectivo ponerle puertas a las corrientes de migrantes una vez que se han creado e integrado regiones entre las que trasvasan población. En el caso de la frontera sur de Estados Unidos las dinámicas socioeconómicas habían creado una red de circulación de personas, mercancías e información ante la cual la intervención política a veces no podía corregirlas sino convertir la experiencia de la migración en más traumática y costosa de lo que ya lo era. Desde luego, la comunidad chicana en Los Ángeles estaba suficientemente asentada como para resistir a las políticas de hostigamiento e incluso para seguir creciendo mucho más intensamente, como lo haría en las décadas posteriores. Una de las claves para esa resistencia está en las estrategias que desplegaron para insertarse en la vida económica y social de Los Ángeles y que se analizará a continuación, con una zambullida más profunda en la información de la que nos proveen los censos de población.

Mexicanos en Los Ángeles: un análisis desde los censos de población

Las ciudades son, entre otras cosas pero de manera fundamental, mercados. Lugares de intercambio de mercancías y bienes, puntos de recepción y difusión de conocimiento. Y también, claro está, puntos de contratación de trabajadores. En el contexto de la rápida transformación de la economía que se experimentó con el empuje industrial capitalista de 1870, los centros urbanos se convirtieron en los lugares donde se decidía crecientemente la distribución de población en sectores de empleo, no sólo porque en las ciudades florecieran muchas ofertas laborales mientras en el mundo rural escaseaban, sino porque también eran importantes centros de negociación de puestos de trabajo que podían estar radicados en otros lugares, por ejemplo,

las contrataciones en el ferrocarril, pero también en explotaciones agrarias a decenas de kilómetros. Así, un análisis del funcionamiento del mercado laboral de una ciudad, atendiendo a los sectores que buscan trabajadores y a las pautas diferenciales de inserción de sus habitantes de acuerdo con sus rasgos sociales, edad, origen y demás características puede convertirse en una imagen muy elocuente de la naturaleza de las relaciones sociales de esa ciudad. Ya se ha visto que Los Ángeles había generado un modelo productivo complejo y diverso hacia la Primera Guerra Mundial. También que sus habitantes, por tanto, sus trabajadores, tenían una procedencia muy diversa. El cruce de ambos parámetros, origen de los trabajadores y formas de ganarse la vida, en el caso de la población de origen mexicano nos retratará las posibilidades de integrarse en la pujante economía de Los Ángeles que se abrían a quien venía cruzando el sur de la frontera o quien descendía de quien lo había hecho. Al mismo tiempo nos puede acercar a las estrategias de supervivencia y de promoción social desplegadas por estos inmigrantes y sus descendientes y si éstas cambiaron a lo largo del tiempo.

Distribución de la mano de obra masculina por sectores en el condado de Los Ángeles, 1920-1940 (% sobre el total de trabajadores)						
Sector profesional	1920		1930		1940	
	mexicanos	L. A.	mexicanos	L. A.	mexicanos	L. A.
Profesionales liberales, técnicos y artistas	1.14	4.56	1.18	5.51	1.92	7.56
Dueños y mánagers de fábricas	1.20	3.61	0.48	1.22	0.41	0.85
Mánagers	1.27	6.53	1.57	7.48	2.69	9.68
Empleados de oficinas y administración	0.84	3.32	1.11	3.96	1.94	5.72
Trabajadores de ventas	1.32	6.53	2.37	9.25	2.84	8.77
Artesanos y trabajadores manuales cualificados, incluyendo aprendices	6.99	15.48	8.10	14.20	9.86	16.59
Trabajadores en los servicios	6.81	10.27	11.75	12.97	18.14	19.49
Trabajadores de granjas	14.14	2.73	11.22	2.02	11.77	1.76

Distribución de la mano de obra masculina por sectores en el condado de Los Ángeles, 1920-1940 (% sobre el total de trabajadores)						
Sector profesional	1920		1930		1940	
	mexicanos	L. A.	mexicanos	L. A.	mexicanos	L. A.
Pescadores	0.02	0.25	0.01	0.18	0.03	0.20
Trabajadores indeterminados y jornaleros	36.72	6.89	34.58	6.96	20.58	6.94
Sin clasificar	17.54	21.71	11.94	18.69	0.00	0.00
Inactivos	0.18	0.66	0.24	0.75	2.06	0.83
Sin datos	11.82	17.46	15.44	16.79	27.77	21.61

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de censos del condado de Los Ángeles 1920-1930-1940.

La imagen que ofrece la estadística es clara. Ya desde 1920 las pautas de inserción laboral de la población chicana mostraban especificidad respecto al funcionamiento del mercado laboral en general. En el caso de los varones la población mexicana por aquel entonces encontraba trabajo en dos sectores destacados. Por un lado, como trabajadores de granjas en el que se empleaban un 14%, siendo dicha proporción de tan sólo 2.73% para el conjunto de la población angelina. Y por otro, como trabajadores indeterminados y jornaleros, que era como aparecía registrado el 36% de los mexicanos frente a un 6.89% del conjunto angelino. Entre estos últimos habría que contar a muchos de los trabajadores de la construcción, de las obras públicas y de los que se empleaban en la edificación de una ciudad en fuerte expansión en ese momento. En fin, la mitad de los varones mexicanos quedaban asimilados a figuras laborales propias de los temporeros y de los trabajadores estacionales que casan muy bien con esa imagen ya presentada anteriormente de la migración mexicana. Los otros dos sectores en que los mexicanos eran capaces de encontrar empleo en cierta abundancia era como trabajadores manuales cualificados, es decir, en el sector industrial o artesanal, donde se enrolaban 7% de sus varones en edad de trabajar, y en el grupo de trabajadores en los servicios personales, es decir, el de trabajos de escasa cualificación como barbero, chofer, lavaplatos, conserjes o camareros, un 6.8%. Sin embargo, en estos sectores, su presencia era menor que la que ofrecían el conjunto de

los varones de Los Ángeles (15.5% ocupados como trabajadores manuales cualificados y un 10.27% en los servicios). Y ya era casi anecdótica la participación de varones mexicanos en los estratos de mejores condiciones laborales y más cualificación como lo eran los profesionales liberales, los dueños y mángers de negocios, los empleados de oficinas o incluso, los no muy cualificados trabajadores en comercios (dependientes, repartidores y demás).

La estructura de la participación laboral entre los varones mexicanos residentes en Los Ángeles no cambió en el periodo de entreguerras, y todavía entonces dos sectores absorbían a la gran mayoría, con porcentajes muy superiores a los que arrojaban el conjunto de habitantes de la ciudad: los trabajadores temporeros y jornaleros (20% de los mexicanos cuando sólo eran 7% del conjunto de la ciudad) y los trabajadores de granja (11,7% y 1,7% respectivamente). No obstante, el peso relativo de estos trabajadores se había reducido en el conjunto de los mexicanos, particularmente en referencia a los temporeros, lo que bien podía ser consecuencia de las operaciones de repatriación emprendidas en colaboración por las autoridades mexicanas y estadounidenses y que habían provocado el retorno al sur de la frontera de los trabajadores menos arraigados y con menos recursos. Al mismo tiempo es de destacar una cierta diversificación de la inserción laboral de los trabajadores mexicanos, con un incremento de los que figuran entre las filas de los trabajadores en los servicios, hasta un 18%, en proporciones similares al del resto de la población angelina. Más allá, en 1940, había un grupo significativo de mexicanos entre los trabajadores manuales más cualificados pero en proporciones menores que los de la población general de Los Ángeles (9.8% y 16.60% respectivamente), mientras que los estratos más privilegiados del mercado laboral seguían restringidos para ellos (profesionales liberales, mángers y empleados) a pesar de que en términos generales los migrantes mexicanos y sus descendientes se expandían en la economía angelina.

El horizonte laboral para las mujeres de origen mexicano en Los Ángeles era todavía más estrecho, al menos en el retrato que nos ofrecen los censos de población. Lo primero que debe subrayarse es el alto porcentajes de mujeres, tanto chicanas como de la población general de Los Ángeles, que

aparecen sin señalar profesión u ocupación laboral en los censos. En 1920, el 81% de las chicanas no ofrecían datos laborales, siendo el porcentaje de 73% para el conjunto de la población femenina. Dichas tasas aumentaron algo en los siguientes censos aunque muy débilmente: en 1940 sólo el 75% de las chicanas declaraban un trabajo en el censo, por un 70% de la población general.

Distribución de la mano de obra femenina por sectores en la ciudad de Los Ángeles, 1920-1940 (% sobre el total de trabajadoras)						
sector profesional	1920		1930		1940	
	mexicanas	L.A.	mexicanas	L.A.	mexicanas	L.A.
Profesionales liberales, técnicos y artistas	0,47	3,35	0,60	3,94	0,91	4,18
Dueños y mángers de fábricas	0,05	0,20	0,02	0,08	0,02	0,07
Mánagers	0,20	0,80	0,35	1,19	0,61	1,78
Empleados de oficinas y administración	0,62	4,25	0,77	5,93	2,11	7,40
Trabajadores de ventas	0,62	2,08	1,05	2,54	1,16	2,78
Artesanos y trabajadores manuales cualificados, incluyendo aprendices	0,26	0,42	0,28	0,26	0,33	0,32
Trabajadores en los servicios	9,83	8,02	12,49	8,85	16,96	12,64
Trabajadores de granjas	0,26	0,15	0,26	0,09	0,51	0,19
Pescadores	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
Trabajadores indeterminados y jornaleros	1,63	0,31	0,91	0,20	0,52	0,14
Sin clasificar	4,82	6,55	4,69	5,98	0,02	0,03
Inactivos	0,22	0,26	0,14	0,21	1,63	0,65
Sin datos	81,01	73,63	78,45	70,74	75,22	69,82

Elaboración propia a partir de datos de censos del condado de Los Ángeles 1920-1930-1940

Es bien sabido, por estudios realizados en diferentes lugares a partir de fuentes estadísticas análogas, que dichas tasas de actividad femenina no ofrecen un retrato fiel de la realidad del mercado laboral (Humphries & Sarasúa García, 2012). Que ese subregistro era generalizado y que había muchas más mujeres que trabajaban de las que aparecen en las estadísticas. Las razones

para ese ocultamiento eran muy diversas (Deverell & Wild, 2006). La desvalorización de ciertas tareas adjudicadas a las mujeres en nombre de la tradición y que no se consideraban trabajo o que se asumían como una parte de las labores del hogar o del ama de casa llevaba a no registrarlas como trabajadoras. La naturaleza informal de muchos de los empleos a los que accedían las mujeres desdibujaban la frontera entre lo que era actividad reproductiva y la productiva y generadora de ingresos monetarios, como ocurría con las costureras a domicilio. Así, quien cultivaba una huerta para consumo propio y venta en el mercado, o quien participaba en una cuadrilla familiar de recogida de fruta muchas veces tampoco se registraba como trabajadora. Por supuesto, también pesaba el discurso de género, que empujaba tanto a los agentes oficiales que rellenaban el censo como a los cabezas de familia que proporcionaban la información a representar más el ideal en que los hombres eran los únicos que aportaban salario al hogar y las mujeres quienes se ocupaban de su cuidado que una realidad en la que unos y otros trabajaban fuera de casa.

Con todo, aunque los datos no sean de fiar, no son absolutamente inútiles. Sobre todo permiten identificar la proporción de mujeres incorporadas a sectores de alta formalización del trabajo y, en este caso, diferenciar la posibilidad de acceso a determinadas profesiones en función de la pertenencia étnica. Y en ese sentido es evidente que para la mujer mexicana sólo estaba abierto el sector de los servicios personales, en que se clasificaban cerca del 10% de las mujeres de este origen en edad laboral en 1920. Aunque era una proporción similar a la del conjunto de las mujeres de Los Ángeles, lo cierto es que para éstas se abrían empleos también, aunque no fueran muchos, en otros sectores productivos, y sobre todo en los de mayor cualificación y mejor remuneración, tales como los que empleaban a profesionales liberales, técnicas y artistas, empleadas de oficinas y administración o las trabajadoras de comercios. En 1920, estos sectores profesionales estaban prácticamente vedados para las mujeres de origen mexicano. Y las cosas cambiaron poco en los siguientes veinte años. Es más, aumentó la proporción de mujeres mexicanas que declaraban un trabajo en los servicios personales, hasta un

17%, una proporción superior a la media de mujeres de Los Ángeles. Por otro lado, mientras que a éstas se les iba abriendo tímidamente otras profesiones (véase el aumento en trabajadoras de oficinas y de la administración), en cambio para las chicanas parecían cerradas estas oportunidades: sólo se perciben, en proporciones muy reducidas, algunos aumentos en el número de trabajadoras de oficinas y en las del comercio.

Profesiones declaradas por trabajadoras en el censo del Condado de Los Ángeles en 1940			
Trabajadoras mexicanas	efectivos	Total de trabajadoras	
1. Operarias y trabajadoras similares	4 566	1. Taquígrafas, mecanógrafas y secretarías	41 250
2. Trabajadoras del hogar privadas	1 340	2. Trabajadoras del hogar privadas	36 760
3. Operarias como lavanderas y en tintorerías	758	3. Operarias y trabajadoras similares	31 539
4. Nuevas trabajadoras (en busca de empleo)	694	4. Vendedoras y trabajadoras de comercio	30 399
5. Vendedoras y trabajadoras de comercio	587	5. Trabajadoras de oficinas y similares	18 811
6. Ama de llaves - criada en residencia privada	513	6. Camareras	18 340
7. Taquígrafas, mecanógrafas y secretarías	506	7. Profesoras	17 883
8. Camareras	318	8. Ama de llaves - criada en residencia privada	15 386
9. Trabajadoras de oficinas y similares	293	9. Mánagers, empresarias y comerciantes	13 382
10. Peluqueras, esteticista y manicuras	283	10. Enfermeras profesionales	12 644
11. Mánagers, empresarias y comerciantes	282	11. Tenedoras de libros	11 857
12. Jornaleras y temporeras	256	12. Peluqueras, esteticista y manicuras	9 332
13. Trabajadoras de fábrica asalariadas	251	13. Nuevas trabajadoras (en busca de empleo)	6 637
14. Clasificadoras y empacadoras de frutas y vegetales	239	14. Operadoras de teléfono	6 333
15. Costureras y confeccionadoras de vestidos	236	15. Costureras y confeccionadoras de vestidos	6 190
16. Reclusas	137	16. Mánagers y superintendentes de edificio (conserjes)	5 931
17. Profesoras	133	17. Enfermeras practicantes	5 831
18. Enfermeras profesionales	128	18. Operarias como lavanderas y en tintorerías	4 981
19. Tenedoras de libros	112	19. Cajeras	4 535
20. Trabajadoras de los servicios (general)	112	20. Trabajadoras de los servicios (general)	4 172

Fuente: Elaboración propia a partir de censo del condado de Los Ángeles de 1940.

Los censos de población nos permiten descender aún más al detalle y examinar, dentro de estos grandes agregados laborales por sector, qué profesiones y puestos de trabajo concretos desempeñaban las mujeres chicanas en Los Ángeles y si existían diferencias significativas con el general de las mujeres de la ciudad. En la selección de las veinte profesiones con más trabajadoras en el censo de 1940 para ambos grupos encontramos dieciséis coincidencias, pero las diferencias en el orden en el *ranking* y en el volumen de trabajadoras en las categorías señalan importantes diferencias en las posibilidades de inserción laboral de unas mujeres y otras. Ya es bastante significativa la profesión que ocupa el primer puesto en cada uno de los *rankings*. En el conjunto de la población de la ciudad, la profesión con más mujeres inscritas era la de taquígrafa, mecanógrafa y secretaria, lo que certifica la consolidación en Los Ángeles, ya antes de la Segunda Guerra Mundial, de ese nicho de empleo propio de las economías capitalistas desarrolladas, con abundante empleo en oficinas y en el sector terciario, que además en algunos de sus puestos se presentaba fuertemente feminizado. Es el caso de las taquimecanógrafas y las secretarías que, en buena medida, representan en los años 20 y 30, el emblema de la mujer moderna, liberada, aunque sólo fuera hasta casarse, de las tareas y el encierro del hogar, con un sueldo propio y unas condiciones laborales mejores que las de las trabajadoras manuales o en el servicio doméstico. Otras profesiones surgen también en este tiempo como posibles vías de desarrollo profesional para las mujeres, en unas condiciones que las distinguen de la trabajadora manual del campo o de la fábrica, y que aparecen representadas con volúmenes importantes entre las mujeres de Los Ángeles de 1940: profesoras (puesto 7), enfermeras y practicantes (puestos 10 y 17), tenedoras de libros (11) u operadoras de teléfonos (14).

Las mujeres mexicanas, en cambio, tenían como primera categoría profesional la de operaria, una definición laxa, en la que se incluían toda suerte de trabajadora manual, de fábrica o de taller, como costureras industriales, empaquetadoras, operadoras de máquinas varias en fábricas o cualquier otra tarea necesaria en una empresa mecanizada. Por supuesto que representaban también la modernidad industrial capitalista, tanto o más que la

mecanógrafa que trabajaba en uno de los grandes edificios del *downtown* de la ciudad, si bien, en su caso, las condiciones de trabajo eran peores, la remuneración menor y las posibilidades de desarrollo de una carrera profesional mucho más limitadas. Detrás de ellas venían todas esas profesiones que se relacionaban con unos roles femeninos tenidos como tradicionales, es decir, los del cuidado del hogar y los servicios personales y que absorbían también una gran parte de la mano de obra femenina que no era chicana. Criadas (puestos 2 y 6 entre las chicanas y 2 y 8 en el conjunto de la ciudad), lavanderas y tintoreras (puestos 3 y 18 respectivamente), peluqueras, esteticienes y manicuras (10 y 12) o camareras (8 y 6). A éstas habría que añadir las trabajadoras del comercio (5 y 4), que podían acoger situaciones muy diversas, desde la contratada en una pequeña tienda de alimentación de barrio a las trabajadoras de grandes almacenes, las tiendas del centro de la ciudad de distintas especialidades o las de los nacientes supermercados.

Como en el caso del conjunto de las mujeres de la ciudad, también había chicanas empleadas en esas nuevas profesiones abiertas a las mujeres modernas (secretarias, mecanógrafas, profesoras, enfermeras) pero sus contingentes eran menores en comparación con las obreras y las trabajadoras del servicio doméstico o de la lavandería. Es significativo que en el *ranking* de las mujeres chicanas no aparezcan algunas ocupaciones tan representativas de esa modernidad urbana de entreguerras, como las telefonistas, y en cambio, sí otras que nos ponen en contacto con sectores fundamentales en el modelo productivo de Los Ángeles, es el caso de las clasificadoras y empaquetadoras de frutas y vegetales o las temporeras (ocupaciones no principales en el total de las mujeres angelinas) y que se relacionan con un sector en que había un vínculo íntimo con la migración mexicana: la producción de cítricos y de otras frutas.

Profesiones declaradas por trabajadores varones en el censo del Condado de Los Ángeles en 1940			
Trabajadores mexicanos	Efectivos	Total de trabajadores	Efectivos
1. Temporeros y jornaleros	9 092	1. Mánagers, directivos y comerciantes	95 976
2. Jornaleros asalariados de granja	5 822	2. Vendedores y trabajadores en el comercio	75 341

Profesiones declaradas por trabajadores varones en el censo del Condado de Los Ángeles en 1940			
Trabajadores mexicanos	Efectivos	Total de trabajadores	Efectivos
3. Operarios y trabajadores similares	3 123	3. Temporeros y jornaleros	60 751
4. Mánagers, directivos y comerciantes	1 290	4. Operarios y trabajadores similares	52 168
5. Jardineros	1 149	5. Trabajadores de oficina y similares	36 538
6. Conductores de camión y de tractor	1 111	6. Carpinteros	27 712
7. Vendedores y trabajadores en el comercio	1 076	7. Conductores de camión y de tractor	25 998
8. Nuevos trabajadores	904	8. Jornaleros asalariados de granja	17 907
9. Trabajadores en los servicios (no domésticos)	818	9. Pintores de la construcción y de mantenimiento	17 231
10. Carpinteros	498	10. Mecánicos y reparadores de automóviles	14 850
11. Pintores (no en la construcción)	474	11. Maquinistas	14 450
12. Trabajadores de oficina y similares	457	12. Mecánicos y reparadores de máquinas	13 302
13. Conserjes y sacristanes	430	13. Jardineros	13 269
14. Cocineros (no domésticos)	409	14. Repartidores y transportistas	11 976
15. Mecánicos y reparadores de automóviles	379	15. Conserjes y sacristanes	11 842
16. Repartidores y transportistas	344	16. Contables y auditores	10 977
17. Pintores de la construcción y de mantenimiento	343	17. Cocineros (no domésticos)	10 342
18. Modelador, metal	288	18. Capataces	10 135
19. Trabajadores de lavandería y tintorería	288	19. Electricistas	9 546
20. Panaderos	277	20. Asistentes, autoservicio y parking	9 428

Fuente: Elaboración propia a partir de censo del condado de Los Ángeles de 1940.

La inserción de los varones chicanos en el mar de posibilidades que ofrecía la economía de Los Ángeles en 1940 ofrece rasgos similares a las mujeres. Así, mientras las dos categorías profesionales que más trabajadores recogían en el *ranking* general de la ciudad estaban directamente relacionadas con

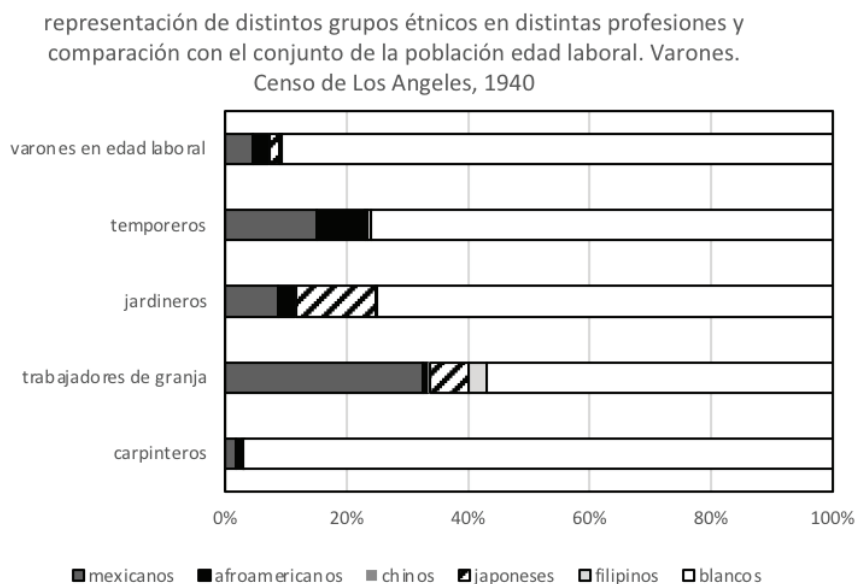
el comercio (en el grupo 1 aquellos dueños de un comercio o industria, del tamaño que fuera, de una tienda de comestibles a una fábrica o un estudio de cine, en el grupo 2 los que trabajan directamente atendiendo al público como empleados), en el caso de los chicanos en los primeros puestos se situaban figuras profesionales caracterizadas por la escasa cualificación, las malas condiciones laborales y los salarios reducidos. En primer lugar y a clara distancia del resto de profesiones, los jornaleros y temporeros, muchos de ellos empleados en las explotaciones agrícolas, pero otros en labores de cualquier tipo en obras públicas y de infraestructura o en la construcción. Luego, en segundo lugar, los jornaleros asalariados de fábrica y, ya a cierta distancia, el grupo heterogéneo de operarios de fábrica entre los que se podía encontrar todo tipo de trabajadores operando en industrias de diverso tamaño. En puestos altos también había jardineros (5), conductores de camión (6) y carpinteros (10), completando un perfil de la comunidad mexicana, en lo que se refiere a sus varones, de clara impronta obrera. Es verdad que esto coincidía en gran proporción con el mercado laboral general de la ciudad, y que incluso se debe destacar la importancia del número de dueños de comercio o de trabajadores en tiendas y en ventas (lo que da cuenta de un cierto emprendimiento en la comunidad), pero también lo es que, en cambio, los estratos mejor remunerados del sector servicios aparecían vedados a los mexicanos. El número de trabajadores chicanos de oficinas era reducido (puesto 12, siendo el 5 para toda la ciudad) y las categorías más prestigiosas en este campo, como las de contable y auditor no aparecen entre las veinte categorías profesionales más numerosas (en cambio, es la 16 en la ciudad).

En definitiva, tanto hombres como mujeres originarios de México participaban en el mercado laboral de la ciudad de Los Ángeles en un modo ambiguo que combinaba límites y posibilidades. Posibilidades, ya que por ser una economía crecientemente diversificada ofrecía muy variados puestos de trabajo y hasta oportunidades de promoción social a los inmigrantes venidos del sur de la frontera, más allá de esas iniciales canteras de trabajo que habían supuesto la producción agrícola temporera, la construcción del ferrocarril o la edificación. Para los varones, la industria y el trabajo manual,

además de diversas formas de servicio no cualificado como el transporte o el cuidado de jardines, abrían vías de contratación. Para las mujeres mexicanas también la industria y los servicios de escasa cualificación ofrecían importantes oportunidades de incorporación al mercado laboral formal, e incluso había quienes conseguían conseguir puestos laborales relativamente bien remunerados, como los de enfermera, profesora o secretaria. No obstante, aquí se pueden empezar a intuir los límites y los umbrales de la promoción social para quienes pertenecían a grupos étnicos diferenciados o racializados, como en el caso de los mexicanos. Y no se trataba necesariamente de empleos que exigieran una alta formación o recursos familiares, destaca la escasa posibilidad de permear determinadas categorías intermedias como eran las de telefonista, capataz, cajera o contable.

Las fronteras profesionales resultan más complejas si nos preguntamos por la representación de los distintos grupos étnicos y racializados en determinados puestos de trabajo. En los siguientes gráficos se compara el peso de los distintos grupos raciales en que el censo clasificaba a la población (afroamericanos, chinos, japoneses y filipinos) distinguiendo dentro de los blancos a aquellos con orígenes mexicanos y su peso en cuatro profesiones características del mercado laboral de Los Ángeles en los que había una participación significativa de los mexicanos.

Gráfica 1. Representación de distintos grupos étnicos en distintas profesiones y en comparación con el conjunto de la población en edad laboral. Varones. Censo de Los Ángeles, 1940



Fuente: Elaboración propia a partir de censo del Condado de Los Ángeles de 1940.

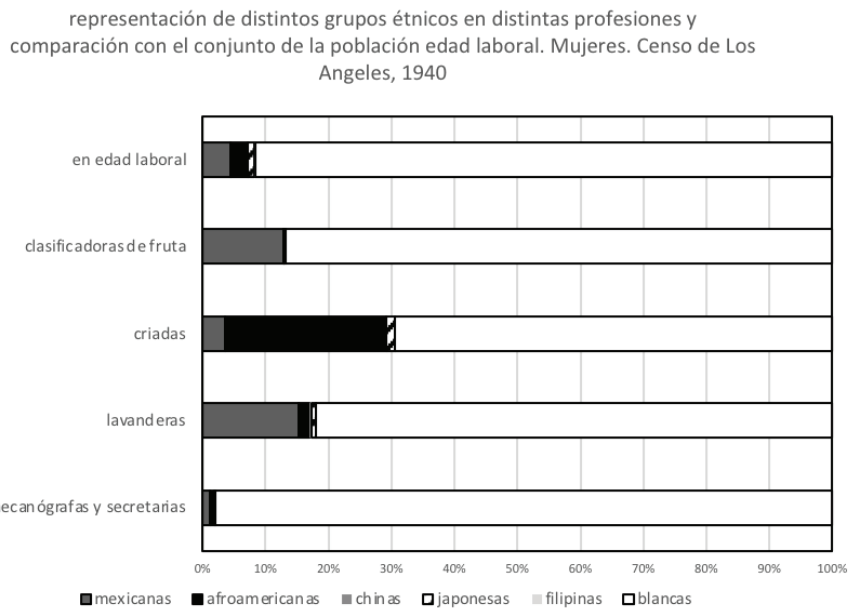
Lo primero que debe destacarse es que siendo importante la sobrerrepresentación de mexicanos y de otros grupos étnicos en algunas profesiones, todavía en 1940 (y seguramente a causa de la Gran Depresión de una manera reforzada) los blancos de origen europeo eran mayoritarios de forma abrumadora en cualquier profesión. Esto era inevitable, pues representaban 90% de los varones en edad de trabajar. Ahora bien, también caían con menos frecuencia o representaban una proporción menor en determinados trabajos con peores condiciones laborales. Así, en los temporeros, donde, por ejemplo, los mexicanos representaban 15% y los negros 8%, cuando en realidad representaban respectivamente sólo 4.5 y 2.5% del mercado laboral masculino. Evidentemente eran las minorías en situaciones de exclusión, ya por la pobreza, ya por la precariedad a que abocaba la migración cuando se hacía de manera ilegal o llevaba a la pérdida de la regularización administra-

tiva, las que se veían condenadas a aceptar trabajos duros, mal pagados y poco estables como el de temporero. Que una parte de la población blanca (y que, por supuesto, incluía a población de muy diferente condición, origen y pertenencia étnica que merecerían ser exploradas) se viera también arrastrada a esos trabajos, también se explica por el hambre de empleo que había cundido en la década de 1930.

En todo caso parece que había una asociación clara entre el origen mexicano y el empleo rural o semirural, a veces compartiendo con otros grupos étnicamente diferenciados, como sucedía con la jardinería, donde los japoneses también aparecen sobrerrepresentados en relación con su presencia real en la sociedad angelina, 13% de los jardineros eran japoneses, cuando sólo representaban 1.4% de los varones en edad de trabajar (las tasas para los mexicanos eran de 8.6% de los jardineros siendo el 4.5% de los trabajadores). Era en el trabajo en las granjas, es decir, en las explotaciones de cítricos y otras frutas que se extendían por el condado de Los Ángeles y por el resto del sur de California, donde parecía cundir la sinergia entre inmigración mexicana e integración laboral; uno de cada tres de estos trabajadores de estas granjas era mexicano, junto a un grupo significativo de japoneses (7%) y al resto, de población blanca de origen europeo, mucha de ella llegada del interior de Estados Unidos en la migración desatada por la crisis económica. La alta proporción de trabajadores mexicanos en estas explotaciones, a pesar de las políticas de deportación que se habían desplegado en años anteriores y de la competencia con los estadounidenses, se debía en gran parte, como han destacado estudios previos, al interés de los propios empresarios. Los mexicanos, y en parte los japoneses, representaban una mano de obra a la que podían someter con más facilidad a las condiciones de explotación tan lucrativas que buscaban, encuadrándolos en barracones y poblados de trabajadores similares a los que habían proliferado en minas y explotaciones petrolíferas, lejos de la influencia de sindicatos en un tiempo marcado por la agitación y la reivindicación laboral. Por su parte, parece claro que había pocas posibilidades de que se introdujeran los trabajadores de origen mexicano, así como los de las otras minorías de importancia de la ciudad,

en trabajos manuales en los que se reconociera una cierta cualificación, por mínima que fuera. Sirve para demostrarlo el caso de los carpinteros, una profesión que implicaba unos conocimientos de oficio, pero que podría haber sido permeable para la población inmigrante, siempre había de haber trabajo relativamente abundante como carpintero en una ciudad como Los Ángeles, en una espiral de crecimiento desde hacía décadas y que se sustentaba en ese océano de casas unifamiliares y *bungalows* que se extendía por todo el condado, eso sin contar otros muchos trabajos en que pudieran ser empleados los del ramo. Pues de los más de 27 000 carpinteros registrados en el censo de 1940, 97% eran blancos de origen europeo, sólo 2% mexicanos y una ínfima parte del resto de grupos étnicos.

Gráfica 2. Representación de distintos grupos étnicos en distintas profesiones y en comparación con el conjunto de la población en edad laboral. Mujeres. Censo de Los Ángeles, 1940



Fuente: Elaboración propia a partir de censo del Condado de Los Ángeles de 1940.

El caso de las mujeres trabajadoras de origen mexicano presenta comportamientos similares, aunque con matices. Siendo una minoría de la mano de obra disponible en 1940 (4.37% de todas las mujeres mayores de 13 años) su representación era muy alta en determinados puestos laborales, en que debía haber un mismo interés que entre los granjeros por integrar una mano de obra más barata que la que podía representar la de las mujeres blancas de origen europeo. Las chicanas eran 13% de las clasificadoras y empaquetadoras de fruta, una tarea que en su gran mayoría realizaban en las mismas explotaciones en que sus padres, maridos y hermanos se empleaban como temporeros o trabajadores asalariados. También eran abundantes las trabajadoras del servicio doméstico, hasta ser el segundo oficio más declarado por las mexicanas (con 1 300 inscritas en el censo), sin embargo, aquí quedaban eclipsadas por las afroamericanas, una de cada cuatro criadas en Los Ángeles en 1940 lo era, cuando tan sólo representaban 2.8% de la fuerza laboral femenina. En un oficio relativamente relacionado, aunque ya más tecnificado y organizado en criterios casi industriales, como era la lavandería, la situación era inversa, las mexicanas se hacían notar como el único grupo étnico de peso significativo respecto de la mayoría blanca. Es cierto, ésta era abrumadora, pero estas profesiones nos indican las vías abiertas a una cada vez mayor integración en la economía de los chicanos y de otras minorías y grupos racializados; en los años siguientes, cuando la composición étnica de la ciudad se trastocó y los blancos fueron progresivamente reducidos a una minoría, la inundación por estas minorías de ciertos sectores de empleo seguiría pautas ya esbozadas en el periodo de entreguerras. Mientras, otras profesiones se cerraban de igual manera para las mujeres como para los hombres que no fueran blancos de origen europeo. Si no había carpinteros chicanos, ni afroamericanos ni japoneses o chinos, tampoco había demasiadas taquígrafas, mecanógrafas o secretarias que no fuesen blancas: 98% de las mujeres en estos empleos lo eran.

El mercado de trabajo en Los Ángeles, como otras tantas dimensiones de la vida social, aparecía fuertemente segmentado, siendo el género y la raza dos de los criterios ordenadores fundamentales. Estos análisis de los

principales grupos de actividad en que se enrolaba la población mexicana nos desvela cuáles eran los límites que las diversas fuerzas que operaban en la conformación de la organización económica y social imponían a una comunidad étnicamente diferenciada. Sin embargo, estos límites no eran infranqueables, si lo más fácil para el mexicano era el trabajo manual en el campo o en tareas de fuerza relacionadas con la industria, existían otras posibilidades de integración económica en la ciudad. De hecho, ya se ha visto que por escasos que fueran, había chicanos en muchos otros puestos de trabajo y que, por tanto, la experiencia en Los Ángeles ni del migrante ni de sus descendientes puede ser reducido al estereotipo del temporero, la recolectora de fruta o del obrero. Tampoco puede considerarse, como veremos en el siguiente apartado, homogénea a lo largo y ancho del gran territorio que cubría Los Ángeles: la geografía chicana de la ciudad dibujaba unos perfiles específicos, en función del grado de apertura que cada comunidad mostrara a los mexicanos y sus descendientes y en función del modo de participación en la economía de éstos.

Chicano L. A. en 1940

Como ya se ha señalado antes, la geografía urbano-administrativa de Los Ángeles presenta una extrema complejidad. No se puede identificar plenamente la ciudad con el municipio, pues la realidad urbana superaba, muy rápido, los límites administrativos sobre los que gobernaba el Ayuntamiento. Por un lado, sucedió que fueron surgiendo localidades que, siendo independientes administrativamente de la ciudad de Los Ángeles, establecían con ella un fuerte vínculo de interdependencia, es el caso de Santa Mónica o Beverly Hills (por citar las más conocidas) que se mantienen como comunidades con gobierno propio hasta la actualidad a pesar de acabar limitando con Los Ángeles y de haberse integrado en su trama urbana. Por otro lado, la ciudad fue anexionando terrenos a medida que iba creciendo y, sobre todo, iban creciendo sus intereses dentro del condado, diversos municipios solicitaron incorporarse como territorio bajo el dominio del Ayuntamiento angelino (es

el caso de San Pedro, donde se había localizado el puerto) mientras que también se le fue concediendo a la ciudad más territorio que le era colindante y que no dependía aún de ninguna administración municipal a medida que su caserío se fue expandiendo. Por último, en el condado se conservaba (y aún hoy es así) una gran parte de territorio que no dependía de ninguna administración municipal y que era directamente gobernado por el propio condado (los *unicorporated territories*). El censo de 1940 permite cribar la población de Los Ángeles atendiendo a las divisiones administrativas de entonces y hacernos una idea de la distribución de la comunidad chicana en grandes agregados municipales (si bien la diferencia de tamaño de estas localidades era muy grande y exige una lectura muy matizada). Entonces el condado de Los Ángeles contaba con 45 municipios de muy diferente tamaño, desde el millón y medio de habitantes la propia ciudad, seguida muy de lejos de Long Beach (164 000), Glendale (82 000) o Pasadena (81 000) hasta pequeños municipios como Vernon (856 habitantes) o Palos Verdes (988), unas 400 000 personas vivían en los territorios no incorporados que dependían directamente del gobierno del condado.

Población general y de origen mexicano por municipios (selección) del condado de Los Ángeles en 1940			
municipio	Total población	mexicanos	%
Avalon	1 638	170	10.38
Azusa	5 216	2 274	43.60
Beverly Hills	26 911	105	0.39
El Monte	4 749	783	16.49
La Verne	3 195	995	31.14
Long Beach	164 823	1 373	0.83
Los Ángeles	1 508 085	95 581	6.34
Pasadena	81 986	2 511	3.06
Pomona	23 594	1 882	7.98
San Fernando	9 118	2 894	31.74
San Gabriel	11 914	2 168	18.20
Santa Mónica	53 607	2 047	3.82
Vernon	856	407	47.55

Fuente: Elaboración propia a partir de censo del condado de Los Ángeles de 1940.

Por supuesto, la mayor parte de la comunidad chicana se concentraba en la ciudad de Los Ángeles, si bien su peso relativo no era significativo, apenas 6%. Al no existir otras categorías administrativas menores al municipio en los censos (distritos, barrios o similares) no podemos por el momento detallar más el grado de concentración de la población mexicana en la muy fragmentada ciudad de Los Ángeles. No obstante, se conoce bien que para vísperas de la Segunda Guerra Mundial se habían formado enclaves de clara impronta mexicana en la ciudad, donde la vida comunitaria era intensa y reconocible, más allá de la Plaza, ahí donde había surgido la original ciudad de Los Ángeles y donde aún quedaban restos del pasado californio, al este del río ya se extendían las barriadas que acabaron conformando el hábitat urbano mexicano (Boyle Heights, particularmente). Algunos de los municipios independientes de pequeño tamaño ofrecen ejemplos del tipo de comunidad que se podría haber formado en estos barrios. Así, la ciudad de Vernon, de apenas 856 habitantes, contaba con 47% de población chicana en 1940, situada río abajo, al sur, prácticamente podría ser un barrio de Los Ángeles, de hecho colindaba con South Alameda street, una de las arterias en torno al que se había desarrollado el distrito sur, el área residencial de la comunidad negra y uno de los principales polos de localización industrial de la ciudad. Si en sus orígenes pudo tener un aire rural, a comienzos de siglo xx éste se diluyó en favor de una vocación industrial favorecida por el paso de tres líneas de ferrocarril que conectaban el centro de Los Ángeles con el puerto de San Pedro, lo que favoreció la instalación de diversas fábricas (de automóviles, cerámica, productos químicos y cajas de cartón) y de decenas de mataderos y conserveras de carne. A todo ello había que sumarle la apertura de establecimientos para espectáculos deportivos, tabernas y bares que proveían de ocio para las comunidades cercanas (entre ellas la de la Universidad del Sur de California, muy cercana). Dicha orientación fabril de este municipio llevó, paradójicamente, a su rápido freno en su crecimiento demográfico: el poco más de millar de habitantes de 1900 se había reducido a 856 en 1940 (y luego se reduciría drásticamente a menos de un centenar en las décadas siguientes); probablemente la incómoda vecindad de las in-

dustrias en comparación con los otros lugares paradisiacos que ofrecía el sur de California ahuyentara a todo aquel que, por falta de renta o por la necesidad de situarse cerca de aquellos lugares de trabajo pudiera permitirse una residencia en otro sitio.

Participación de la población mexicana en el mercado laboral por municipios del condado de Los Ángeles en 1940 (selección) (porcentajes sobre el total de trabajadores mexicanos en cada municipio, ambos sexos)					
Sector profesional	Azusa	Beverly Hills	Los Ángeles	Santa Mónica	Vernon
Profesionales liberales, técnicos y artistas	0.29	7.61	1.63	1.59	0.90
Dueños y mángers de fábricas	0.07	0.00	0.10	0.08	0.00
Mánagers	0.81	13.04	1.78	1.52	1.79
Empleados de oficinas y administración	0.37	1.09	2.34	1.28	0.45
Trabajadores de ventas	0.51	7.61	2.34	2.07	0.00
Artesanos y trabajadores manuales cualificados, incluyendo aprendices	1.40	0.00	5.63	5.10	4.04
Trabajadores en los servicios	6.61	36.96	20.36	13.32	17.49
Trabajadores de granjas	31.01	0.00	2.81	4.39	2.24
Pescadores	0.00	0.00	0.02	0.00	0.00
Trabajadores indeterminados y jornaleros	3.75	4.35	10.39	15.87	18.83
Sin clasificar	0.00	0.00	0.01	0.00	0.00
Inactivos	1.18	2.17	2.05	2.07	1.35
Sin datos	54.00	27.17	50.54	52.71	52.91
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Fuente: Elaboración propia a partir de censo del condado de Los Ángeles de 1940.

La estructura profesional de la población de origen mexicano residente en Vernon así lo delata, donde dos grupos se destacan por encima de todos. Por un lado, el grupo de los trabajadores indeterminados y jornaleros (19% de toda la población mayor de 14 años) y cuya denominación profesional concreta, la que registraban en la hoja formulario del censo, era en la inmensa mayoría la de peón (*laborer*) aunque también incluía peones de ferrocarril que trabajaban en las vías, trabajadores de fábrica, mezcladores y esparcidores de cemento, descargadores de mercancías y otros trabajadores empleados en labores poco cualificadas o de fuerza. El otro gran grupo

que integraba trabajadores mexicanos en Vernon eran los trabajadores de los servicios (17.5%) y entre los que se podía encontrar también una gran diversidad de empleos, algunos conductores de camión, empaquetadores, lavaplatos, cocineros, camareros y barmans. También había alguna criada, pero en un número casi anecdótico (2), teniendo en cuenta que ésta era la profesión que normalmente era la más numerosa entre los trabajadores de los servicios; evidentemente, Vernon no era una localidad que alojara a familias prósperas y con deseos y posibilidades de contratar servicio doméstico. Tampoco era una comunidad que pareciera ofrecer un horizonte para prosperar a las familias chicanas, sólo seis residentes de Vernon clasificados como tales se situaban en la cúspide socioprofesional, y ni siquiera su pertenencia a la comunidad está clara, ni tampoco que dicha prosperidad fuera muy cierta. Cuatro eran dueños de negocios. Uno era un varón de 43 años que como profesión indicaba “vicepresidente” sin que podamos saber de qué corporación; los agentes censales le habían clasificado como mexicano por su apellido (que no podemos conocer porque la fuente nos es provista anonimizada) aunque había nacido en California; puede ser por tanto que su vínculo con México fuera débil o incluso inexistente. Otra era una mujer de 29 años, ésta sí, nacida en México, que figuraba como dueña de un negocio de hospedaje y que residía junto a su marido cocinero y sus tres hijos aún en edad escolar (éstos ya nacidos en California). Los otros dos casos sólo pueden entenderse como de comerciantes en un sentido muy extremo: uno era un varón de 22 años, natural de California pero de madre mexicana, que se registraba como agente comercial (su hermana era costurera y su hermano trabajador de fábrica) y el otro un varón mexicano de 59 años que vivía sólo y que regentaba un negocio de recogida y venta de chatarra. Los dos únicos trabajadores de origen mexicano asimilables a los grupos de profesionales liberales, artistas y otras actividades intelectuales eran un pianista de 29 años cuyos orígenes mexicanos eran remotos (nieto de inmigrantes) y un pastor de la iglesia de la ciudad (si no la única congregación, sí la que se situaba en la avenida principal frente al Ayuntamiento y junto a la escuela): varón, de 68 años y nacido en México, si su situación económica no podía identificarse

con la del triunfo social y la prosperidad, al menos sí que puede considerarse que asumía un papel de importancia en la organización de la comunidad. Con todo, Vernon no parecía ofrecer un contexto demasiado halagüeño para el desarrollo de la comunidad mexicana.

La ciudad de Azusa ofrece otro ejemplo de integración socioeconómica mexicana en Los Ángeles, quizá más cercana a las imágenes estereotipadas que vinculan al migrante con el trabajador agrícola. Situada al este del condado, en el interior, en la linde de la ruta 66, su origen estaba vinculado a uno de los ranchos vendidos por propietarios mexicanos a inversores anglosajones a mediados del siglo XIX, hasta 1898 no había constituido municipalidad propia y en realidad su población había crecido poco, de unos 800 habitantes, limitada a trabajadores vinculados a las viñas, plantaciones cítricas y explotaciones agrícolas. Fue a partir de 1920 que Azusa entró en el ciclo urbanizador, contagiada del *boom* especulativo residencial originado en Los Ángeles y favorecida para su desarrollo industrial por su buena conexión por carretera con la gran ciudad y con el interés del país. A mediados del siglo XX, además de las explotaciones agrícolas, contaba para entonces con varias industrias, particularmente de maquinaria y de material auxiliar para la aeronáutica, que por entonces se constituía en uno de los sectores punta en el desarrollo económico del sur de California. Todo esto había llevado a que la población aumentase en 1940 hasta más de 5 000 habitantes de los cuales casi la mitad (43.6%) pueden ser identificados como chicanos en el censo de ese año.

Estructura del mercado laboral del municipio de Azusa, ambos sexos, en 1940			
Sector profesional	Total población	Población mexicana	Población no mexicana
Profesionales liberales, técnicos y artistas	3.55	0.29	5.42
Dueños y mánagers de fábricas	0.51	0.07	0.76
Mánagers	3.57	0.81	5.17
Empleados de oficinas y administración	2.36	0.37	3.51
Trabajadores de ventas	2.52	0.51	3.68
Artesanos y trabajadores manuales cualificados, incluyendo aprendices	5.29	1.40	7.54

Estructura del mercado laboral del municipio de Azusa, ambos sexos, en 1940			
Sector profesional	Total población	Población mexicana	Población no mexicana
Trabajadores en los servicios	11.74	6.61	14.69
Trabajadores de granjas	13.54	31.01	3.47
Pescadores	0	0.00	0.00
Trabajadores indeterminados y jornaleros	3.73	3.75	3.73
Inactivos	0.86	1.18	0.68
Sin datos	52.32	54.00	51.35

Fuente: Elaboración propia a partir de censo del condado de Los Ángeles de 1940.

La estructura profesional de Azusa en 1940 testimonia alguno de estos cambios. Si bien el grupo de trabajadores agrícolas era el mayoritario (13.5%), los trabajadores en los servicios eran casi la misma proporción (11.75%) y más si se les suman los profesionales liberales (3.5%), los empleados de cuello blanco y de la administración (2.6%) y los mángers y dueños de negocios (3.5%): no había crecido, en cambio, de manera significativa el número de trabajadores manuales que podrían asociarse a la industria, con lo que parece que el tránsito de la explotación rural iba más dirigido hacia la terciarización económica que hacia la industrialización. Pero más importante que esto es subrayar la diferente capacidad de incorporación a los nuevos sectores de empleo, mejor pagados, en función de la pertenencia étnica y racial, tal y como se puede observar en la comparación de la estructura profesional de mexicanos y del resto de habitantes de Azusa. Los chicanos aún en 1940 se empleaban 31% en el trabajo agrícola, mientras que el resto de la población (blancos de origen europeo) sólo lo hacían en 3%. Y las profesiones que desempeñaban vinculadas al trabajo agrícola remitían a esa economía “tradicional” de la que Azusa decía estar desprendiéndose; de los 424 trabajadores mexicanos registrados en este grupo, al menos 367 se dedicaban a la recolección de cítricos y otras frutas, pero era en otros grupos profesionales donde se marcaban las grandes diferencias, no sólo en la proporción entre mexicanos y no mexicanos, sino en el tipo de profesiones que desempeñaban. Tomemos a los trabajadores de los servicios, que era

el sector de mayor peso tras la agricultura. No sólo es que los inmigrantes mexicanos y descendientes se emplearan con menos intensidad que el resto de población blanca (6.6% los primeros, 14.6% los segundos) sino que el tipo de profesiones que ejercían unos y otros remitían a condiciones sociales muy diferentes. Así, la profesión más numerosa entre los mexicanos enrolados en los servicios era la de criada, con mucha diferencia. También había un puñado de conductores de camión, pero muchos menos de los que no eran mexicanos. Entre estos últimos también había numerosos empleados en diferentes fases del proceso de preparación de los cítricos para su venta (evaluadores de calidad de las frutas, por ejemplo) y luego toda una serie de profesiones entre las cuales no había ningún representante mexicano, los camareros, cocineros, bomberos, vigilantes nocturnos y policías eran blancos de origen europeo. Todo parece indicar que en una economía aún con fuerte peso de la producción cítrica los papeles entre mexicanos y blancos europeos implicaban una subordinación de los primeros hacia los segundos, unos recogían la fruta mientras que los otros la evaluaban y comercializaban o la transportaban como conductores de los camiones. En fin, la población chicana tenía difícil el acceso a los puestos de responsabilidad o a la cúspide de la escala socioprofesional, y nada más elocuente que una comparación entre los profesionales liberales y trabajadores de las artes para comprobarlo. Sólo había cuatro trabajadores en esta rúbrica entre los mexicanos y de condición más bien modesta: dos maestras de escuela, un empleado también de escuela primaria y un boxeador (cuya inclusión en este grupo puede ser bien discutible). En cambio, entre el resto de la población blanca había 128 en esta rúbrica, de ellos 50 eran profesores de distintos niveles educativos, pero también había religiosos, científicos, abogados, bibliotecarios, músicos, periodistas, farmacéuticos, escritores o trabajadores sociales, o lo que es lo mismo, en Azusa, aunque casi la mitad de la población fuera mexicana o de origen mexicano, el gobierno de la comunidad y su liderazgo apenas era ejercido por éstos.

Para entender las desigualdades y discriminaciones que afectaban al desarrollo de la comunidad chicana en Los Ángeles también puede ser ilustrativo

atender al modo en que se integraban en aquellos enclaves más hostiles a su presencia. Y aquí el ejemplo paradigmático es Beverly Hills, el municipio situado al oeste de Hollywood, dentro del territorio del propio municipio de Los Ángeles y que se resistió (y aún hoy se resiste) a su incorporación a la administración de la gran ciudad. En fin, una isla dentro de la gran ciudad, de historia corta pero trepidante. Las parcelaciones y construcción de viviendas en aquel lugar habían comenzado hacia 1920, una vez desechada la posible existencia de yacimientos petrolíferos que explotar. De los menos de 700 habitantes con que contaba por ese entonces, había pasado a más de 26 000 en 1940, incluyendo entre ellos a algunos de los más acaudalados del condado, pues estrellas de la naciente industria cinematográfica y empresarios de todo tipo se habían afincado en un municipio que nacía con deseo de ser exclusivo. De hecho, detrás de su no incorporación a la ciudad de Los Ángeles estaba vinculada al deseo de conservar unas reglas propias, entre las cuales se mantuvo hasta esa fecha la prohibición de venta y alquiler de viviendas a gente de color, lo que incluía además de a afrodescendientes y orientales también a los judíos; los mexicanos, en principio, no se veían afectados por estas restricciones, aunque de facto también se les vedaba la entrada. Las cifras hablan por sí solas, sólo había 105 miembros de la comunidad chicana en aquel exclusivo municipio, apenas 0.39% de su población. Y aunque cuando se les franqueaba se hacía bajo las mismas circunstancias que a otras personas de color, que sólo podían residir en Beverly Hills siempre y cuando desempeñaran un empleo que les obligara a ello, particularmente el de criada interna en una casa o el de chofer particular, había un puñado de chicanos que parecía estar desafiando las trabas que normalmente se imponían a su promoción social.

Estructura del mercado laboral del municipio de Azusa, ambos sexos, en 1940		
Sector profesional	Población general	Población chicana
Profesionales liberales, técnicos y artistas	9.67	7.61
Dueños y mángers de fábricas	0.1	0.00
Mánagers	10.97	13.04
Empleados de oficinas y administración	5.69	1.09

Estructura del mercado laboral del municipio de Azusa, ambos sexos, en 1940		
Sector profesional	Población general	Población chicana
Trabajadores de ventas	7.65	7.61
Artesanos y trabajadores manuales cualificados, incluyendo aprendices	1.66	0.00
Trabajadores en los servicios	17.08	36.96
Trabajadores de granjas	0.24	0.00
Pescadores	0	0.00
Trabajadores indeterminados y jornaleros	0.59	4.35
Inactivos	1.18	2.17
Sin datos	45.17	27.17

Fuente: Elaboración propia a partir de censo del condado de Los Ángeles de 1940.

La estructura del mercado laboral de Beverly Hills da cuenta de la excepcionalidad de la configuración social de esta isla en medio de Los Ángeles. No había prácticamente trabajadores manuales entre ellos, ni del sector agrícola ni del industrial. Sí una proporción importante de profesionales liberales (hasta 11%) entre los que había que contar, claro está, todos los artistas de Hollywood convertidos en una nueva aristocracia económica del sur de California (316 actores y actrices, 179 autores de literatura y similares, 103 editores y periodistas, 122 músicos, entre otros) pero también miembros más convencionales de las profesiones técnicas e intelectuales como arquitectos (37), contables y auditores (123), ingenieros (101), abogados y juristas (315), médicos (144) o profesores (276). Ahora bien, más numerosos eran los trabajadores de los servicios (17%), muchos de ellos a sus órdenes, había más de 3 000 sirvientes domésticos (la mayoría mujeres) registrados en Beverly Hills, más del 10% del total de la población de la ciudad, a los que habría que añadir choferes y taxistas, peluqueros y barberos, lavanderas, y otros trabajadores encargados de facilitar la vida cotidiana de las élites.

Bien es cierto que una parte importante de la exigua población chicana de Beverly Hills se enrolaba precisamente en estos servicios (37%) y así encontramos un puñado de doncellas, algún jardinero, cocineras y un conductor, también alguna trabajadora de establecimiento de belleza (manicuristas, pe-

luqueras) o dependientes de algún negocio. Pero también lo es que había un puñado de la población que hemos identificado como mexicana o de origen mexicano que se integraba en las clases que había ascendido a la cúspide de la fama y del dinero que representaba el mundo del cine. Y aunque los datos del censo se ofrecen anonimizados es fácil reconocer a alguna de las celebridades de la época. En el 732 de Rodeo drive vivía en 1940 Lupe Vélez, por entonces ya convertida en una estrella de Hollywood, a sus 32 años, residía en una vivienda de 20 000 dólares de valor estimado en el censo, sólo acompañada por su cocinera negra que declaraba un sueldo de 960 dólares anuales. Quizá no con tanto lujo también se registraban en aquel censo de Beverly Hills otros tres actores nacidos en México, estos difíciles de sacar del anonimato, en *bungalows* y con uno o dos criados internos que daban testimonio de su prosperidad. Sin alcanzar estos cuarteles de glamur, otros mexicanos o hijos de mexicanos aparecen avecindando en este barrio privilegiado la rentista viuda mexicana que vivía con sus hijas y uno de sus yernos en una vivienda valorada en más de 40 000 dólares, el ingeniero criado en México que con su mujer e hija alquilaba una *bungalow* por una renta de 70 dólares, el mexicano que había formado familia con una californiana, tenían tres hijos y un restaurante en las inmediaciones, el farmacéutico también mexicano que vivía en Robbins drive con su familia... En realidad, sólo un puñado, como decíamos, de excepcionales triunfadores, que habían sido capaces de burlar los prejuicios como para ser aceptados o pasar desapercibidos dentro del vecindario y romper con el estereotipo que vinculaba al trabajador mexicano con el empleo agrícola, el servicio doméstico o la contratación en labores duras en el ferrocarril o la construcción.

Conclusión: rastrear la comunidad chicana en la estadística, una quimera

Por excepcional que sea el caso de Lupe Vélez o del farmacéutico mexicano de Beverly Hills sus ejemplos deben ser tenidos en cuenta como una muestra más de la diversidad de experiencias sociales que atravesó la comunidad chicana en la ciudad de Los Ángeles en su despertar urbano antes de la Segun-

da Guerra Mundial. En el último apartado de este capítulo nos hemos centrado en el análisis de los casos extremos que representan Azusa y Vernon por un lado, como enclaves con una fuerte presencia de la comunidad de origen mexicano, y Beverly Hills, terreno *a priori* vedado a la población que no se ajustaba al ideal blanco anglosajón. Los números importan y hacen ver que las presiones estructurales del mercado laboral, pero también las de los prejuicios y la discriminación encauzaban en su mayor parte a los inmigrantes mexicanos y a sus descendientes en California a los puestos laborales más exigentes y peor remunerados de una economía californiana por entonces en fuerte remodelación. Los números y las mayorías importan pero las excepciones también, y se ha visto asimismo que había representantes de la comunidad mexicana también en las franjas más prosperas de la escala social y del mercado laboral en los barrios más adinerados de la gran aglomeración angelina, pocos, pero aparecen en Beverly Hills. Si nos hubiéramos detenido en tierras más medianas, como son Los Ángeles y Santa Mónica, en las que ofrecemos los datos más arriba, se podría comprobar cómo la población mexicana trabajadora de Los Ángeles también encontraba acomodo en los sectores pujantes en estas ciudades, más populosas, más diversas en su estructura económica, particularmente en los medios industriales y en el sector servicios. No obstante, sería necesario también al abordar el estudio de estas grandes aglomeraciones (en comparación con Vernon, Azusa o Beverly Hills) atender a la manera en que la comunidad chicana se distribuía en el espacio, hasta qué punto estaba concentrada en los barrios que acabarían significándose como propios (East L. A.) o se mezclaba con el resto de la ciudad, elemento que hoy por hoy y a partir de la fuente de los censos que aquí hemos utilizado, no es del todo discernible. O quizá no lo sea del todo, pues como ya advertimos desde el comienzo de este trabajo, los registros de población como el censo sólo nos identifican hasta cierto punto los límites de una comunidad como la chicana. Al no registrar la raza con los mismos criterios con que se había clasificado a otras poblaciones, como es el caso de negros, chinos o japoneses, los mexicanos y sus descendientes pueden pasar desapercibidos en la estadística, sobre todo las segundas y terceras generaciones. Por otro

lado, es posible que la propia dinámica social y cultural llevara a una parcial integración de éstos en la ciudad de Los Ángeles. Al fin y al cabo, a pesar de todas las presiones en pro de la segregación, hemos visto que por esfuerzo y empeño algunos descendientes de mexicanos lograban salir del círculo laboral y social de pobreza al que parecía que se les quería destinar.

Bibliografía

- Acuña, R. (1976). *América ocupada: Los chicanos y su lucha de liberación*. México: Ediciones Era.
- Alamillo, J. M. (2006). *Making lemonade out of lemons: Mexican American labor and leisure in a California town, 1880-1960*. EUA: University of Illinois Press.
- Burke, P., et al. (Eds.). (2012). *Formas de hacer historia*, 2ª ed. México: Alianza Editorial.
- Castillo, R. G. del. (1980). *The Los Angeles Barrio, 1850-1890: A Social History*. EUA: University of California Press.
- Davis, M. (1992). *City of quartz: Excavating the future in Los Angeles*. EUA: Vintage Books.
- Deverell, W. (2004). *Whitewashed Adobe: The Rise of Los Angeles and the Remaking of Its Mexican Past*. EUA: University of California Press.
- Deverell, W. y G. Hise (2014a). *Land of Sunshine: An Environmental History of Metropolitan Los Angeles*. EUA: University of Pittsburgh Press. Disponible en <<<http://ebookcentral.proquest.com/lib/socal/detail.action?docID=2038844>>>.
- _____ (2014b). *Land of Sunshine: An Environmental History of Metropolitan Los Angeles*. EUA: University of Pittsburgh Press.
- _____ (2014c). *A Companion to Los Angeles*. EUA: John Wiley & Sons.
- _____ y M. Wild, (2006). "Multiracialism and the Fate of the Social Gospel in 1920s Los Ángeles", en *Race, Religion, Region: Landscapes of Encounter in the American West*, 14.

- Escobar, E. J. (1999). *Race, Police, and the Making of a Political Identity: Mexican Americans and the Los Angeles Police Department, 1900-1945*. EUA: University of California Press.
- Estrada, W. D. (1999). "Los Angeles' Old Plaza and Olvera Street: Imagined and Contested Space", en *Western Folklore*, 58(2), 107-129.
- Ethington, P. J. (forthcoming). *Ghost Metropolis*. USC.
- _____, W. H. Frey y D. Myers (2001). "The racial resegregation of Los Angeles county, 1940–2000", en *Race Contours 2000 Study, 2001-2004*.
- Flamming, D. (2006). *Bound for Freedom: Black Los Angeles in Jim Crow America*. EUA: University of California Press.
- Flamming, D. y W. Deverell (1999). "Race, rhetoric, and regional identity: Boosting Los Angeles, 1880-1930", en R. White y J. Findlay (Eds.), *Power and Place in the North American West*. EUA: Center for the Study of the Pacific Northwest - University of Washington Press, pp. 117-143.
- Fogelson, R. M. (1968). *Fragmented Metropolis: Los Angeles, 1850-1930*. EUA: Harvard University Press.
- Fogelson, R. M. (1993). *The Fragmented Metropolis: Los Angeles, 1850-1930*. EUA: University of California Press.
- García, M. (2001). *A world of its own race, labor, and citrus in the making of Greater Los Angeles, 1900-1970*. EUA: University of North Carolina Press.
- Garrioch, D. (2002). *The Making of Revolutionary Paris*. EUA: University of California Press.
- Gratton, B. y E. Merchant (2013). "Immigration, Repatriation, and Deportation: The Mexican-Origin Population in the United States, 1920–1950", en *International Migration Review*, 47(4), 944-975.
- Hoffman, A. (1974). *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression; repatriation pressures, 1929-1939*. EUA: University of Arizona Press.
- Humphries, J., y C. Sarasúa García (2012). "Off the Record: Reconstructing Women's Labor Force Participation in the European Past", en *Feminist Economics*, 18(4), 39-67.
- Instructions to Enumerators: Fifteenth Census : Population and Agriculture*. (1930). EUA: Government Printing Office.

- Jerram, L. (2011). *Streetlife: The Untold History of Europe's Twentieth Century*. EUA: OUP Oxford.
- Klein, N. M. y M. J. Schiesl (1990). *20th century Los Angeles: Power, promotion, and social conflict*. EUA: Regina Books.
- Kurashige, S. (2008). *The shifting grounds of race black and Japanese Americans in the making of multiethnic Los Angeles*. EUA: Princeton University Press.
- Laslett, J. H. M. (2012). *Sunshine Was Never Enough: Los Angeles Workers, 1880-2010*. EUA: University of California Press.
- Lefebvre, H. (1986). *Le droit à la ville*. Seuil.
- Lewthwaite, S. (2009). *Race, place, and reform in Mexican Los Angeles: A transnational perspective, 1890-1940*. EUA: University of Arizona Press.
- Lou, R. (1982). *The Chinese American Community of Los Angeles, 1870-1900: A Case of Resistance, Organization, and Participation*. EUA: University of California, Irvine.
- Molina, N. (2006). *Fit to Be Citizens? Public Health and Race in Los Angeles, 1879-1939*. EUA: University of California Press.
- Monroy, D. (1999). *Rebirth: Mexican Los Angeles from the Great Migration to the Great Depression*. Estados Unidos: University of California Press.
- Oyón, J. L. (2008). *La quiebra de la ciudad popular: Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. España: Ediciones del Serbal.
- Romo, R. (1983). *East Los Angeles: History of a Barrio*. EUA: University of Texas Press.
- Sanchez, G. J. (1995). *Becoming Mexican American: Ethnicity, Culture, and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*. Estados Unidos: Oxford University Press.
- Starr, K. (1986). *Inventing the Dream: California Through the Progressive Era*. EUA: Oxford University Press.
- Varzally, A. (2008). *Making a Non-White America: Californians Coloring outside Ethnic Lines, 1925-1955*. EUA: University of California Press.
- Wild, M. (2008). *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*. University of California Press.